



RELATOS URGENTES

GABRIELA SAIDON (COMP.)



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Relatos urgentes / Adriana Elizabeth Vignolo ... [et al.] ; compilación de Gabriela Saidon. -1ª ed. -Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Rojas, 2023.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-1862-39-9

I. Narrativa Argentina. I. Vignolo, Adriana Elizabeth. II. Saidon, Gabriela, comp.
CDD A863



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CENTRO CULTURAL RECTOR RICARDO ROJAS

Rector: Dr. Ricardo Gelpi.

Secretaría de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación: Lic. Paula Quattrocchi.

Coordinadora General de Cultura: Mariana Eugenia Ron.

COORDINADORA DE PUBLICACIONES: NATALIA CALZÓN FLORES. EQUIPO: ANÍBAL BARENGO,
GUSTAVO BENZI, PAOLA KAISER, MATÍAS PUZIO.

© Libros del Rojas

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios sin el permiso previo del editor.

Relatos urgentes

Compiladora: Gabriela Saidon

Prólogo

¿Por qué relatos urgentes?

La idea de publicar un libro de relatos editado por el Rojas brotó en uno de los talleres que dicto desde 2020, cuando la pandemia generó la virtualidad obligatoria, algo que mutó en herramienta y que posibilitó la apertura hacia personas que antes, en tiempos de presencialidad, no hubiese podido ocurrir. Así, los cursos del Rojas se federalizaron y hubo gente de distintos puntos del país que empezaron a compartir sus textos y a intercambiar ideas en esa extraña cuadrícula que establecieron las plataformas virtuales, en este caso, el Teams, donde somos solo caras con fondos diversos.

El taller del cual salió la iniciativa fue el ABC de la Escritura Creativa, del que también derivó Terapia de Escritura, cuando, una vez más, pandemia mediante, empezaron a surgir historias muy íntimas, extrañamente activadas por las consignas y por la propuesta de compartir en voz alta eso que cada cual traía adentro. De la percepción clara de que había algo más para decir y de una

ebullición emocional pero también intelectual que el encierro pandémico había activado en muchas personas, trabajamos con la propia interioridad como materia prima, algo que, al mismo tiempo, permitió que se expresaran en forma grupal, personas de distintas generaciones, geografías, experiencias de vida y de lectura, profesiones e incluso, ambiciones en cuanto a la escritura.

Los textos que salieron sorprendieron a quienes los producían, y también a mí. Esos talleres fueron y siguen siendo canteras inagotables de relatos que se escribieron y se escriben con la urgencia que implican los encuentros semanales pero también que definen las consignas y la lectura que cada cual hace de ellas.

Hubo quejas sobre la brevedad exigida, pero comprensión en cuanto a que, en grupos numerosos, es una necesidad que permite que todo el mundo tenga la chance de leer y de ser leído y haya una escucha dispuesta. Todas estas condiciones influyeron en la producción de los relatos, microrrelatos e incluso poemas.

No solo se generaron textos sino también vínculos que aun hoy persisten. Tanto que, además de este libro editado por el Rojas, surgió el proyecto por parte de un subgrupo, de publicar otro, Escritores en Terapia, que vio la luz este mismo 2023.

Soy de la quinta que piensa que todes podemos escribir, desde el momento en que nos alfabetizamos, y que todas las personas somos contadoras de historias. Darle forma, aplicar técnica, pasar de una idea a un texto concreto es el objetivo de estos talleres. Este libro es prueba suficiente de que esa teoría funciona.

Los textos que van a leer fueron elegidos por las autoras y autores, el orden que se decidió es alfabético por nombre, y no

por apellido, siguiendo el criterio en que los dispone en las clases el Teams. La curaduría y edición estuvo a cargo del equipo del Rojas y contó con mi participación. Todo mi agradecimiento va para esas personas que trabajaron en pos de un deseo a cumplir.

Me da mucha alegría haber podido participar en este proyecto y en su realización. Esperamos poder repetir la experiencia, que muestra que los sueños, cuando nos obstinamos, pueden hacerse palabra escrita.

Gabriela Saidon

ABC de la escritura creativa

Adriana Elizabeth Vignolo

Alas

La extraña historia de Nola

Ese verano estaba haciendo estragos en las sierras cordobesas. El calor era insoportable. Vivi había preparado la mesa afuera, en el jardín. Yo ayudaba con los preparativos mientras esperábamos a Nola, que como todos los eneros nos venía a visitar escapando de la asfixiante ciudad de Buenos Aires.

—¡Eli, ahí llegó! Abrile el portón, por favor —me gritó Vivi desde la cocina. Y eso hice. Después de los saludos y puestas al día sobre las cosas cotidianas, entre bocaditos y tragos, las tres agarramos nuestras copas y nos fuimos a sentar en el pasto, donde la sombra empezaba a ganar terreno.

Con la emoción del reencuentro, historias de todo tipo surgieron de inmediato. Primero empezó Vivi, la dueña de casa, después seguí yo, y por último fue el turno de Nola, que nos leyó el borrador de un cuento en el que estaba trabajando.

—Era un domingo de mayo en Huerta grande, un pueblo del Valle de Punilla, de la provincia de Córdoba, cuando Emi y Abril salieron a caminar rumbo a las montañas —leyó Nola con gran entusiasmo. —Apenas había pasado el mediodía y el sol ya iniciaba su lenta retirada. Abril conocía cada rincón de

aquel lugar. Emi seguía a su amiga con ingenua confianza. A medida que las jóvenes avanzaban, las lomas se multiplicaban en un perfecto sinfín; cada vez más altas, más desoladas. Solo se interponían entre ellas y el horizonte infinito dos jóvenes pinos. El rumbo fijado las llevaba directamente hacia ellos. Uno a cada lado del camino parecían formar parte de una entrada, un portal. Cuando llegaron cerca, Abril, con voz suave, dijo a Emi al oído: “Confía”, y con un leve empujón sorpresivo hizo que su amiga atravesara sola aquel pasaje. Una mezcla de asombro y miedo sacudió a la joven al verse envuelta en un entorno que ya no era el mismo. Retrocedió, pero Abril había desaparecido.

Fue en este punto donde comencé a notar algo distinto en Nola, sus propias palabras la estaban afectando de alguna forma. Pero no la interrumpí. Quizá el alcohol me hizo alucinar cosas extrañas. Mientras tanto, ella seguía.

—Emi, atrapada, comenzó una revolución hostil pero perfecta: se vio más pequeña. En el pecho el corazón le explotaba mientras su espalda se desgarraba a la altura de los omóplatos. Gritó de espanto y de dolor. Pidió clemencia. Nadie pareció oírla. Se retorció sobre sí misma. Rasguñó la piedra que la sostenía hasta lastimar sus manos, que quedaron, como garras, ancladas en el duro suelo. Alas enormes se abrieron paso entre girones de carne y piel, sangre y barro, lágrimas y sudor helado. Fuego y ardor arrasaron cada centímetro de

su cuerpo. Dolor de parto extendido por todas sus células y colapsó cualquier rastro de razón. De sus entrañas surgieron huesos largos y livianos, músculos poderosos, plumones blancos, plumas grises, algunas pardas como la del águila que se le iba acercando a toda velocidad.

Nola tembló. La vi. Ya no era una impresión mía. Algo le estaba pasando. Aun así, la historia continuaba sin pausa.

—Cuando el caos pasó, el dolor se perdió más allá de los recuerdos olvidados. Emi, de a poco, comenzó a recuperar el aliento. Ya podía sentir la magia que la circundaba. Se observó por dentro y por fuera reconociéndose como nunca antes lo había hecho.

El águila, que se había detenido a corta distancia de la joven, esperaba su recuperación. Era ella la encargada de darle la primera clase de vuelo cuando lo considerase oportuno. Fue así que esperó lo suficiente para luego hacer uso del ritual conocido: otra vez, casi con la misma voz suave de Abril, le dijo al oído: “Confía”, y con un repetido y certero empujón la sacó de su posición, desestabilizando su todavía débil equilibrio. Hubo vértigo y un silencio claustrofóbico que no duró mucho. El viento se encargó de ello, rugiéndole hasta casi perforarle los tímpanos. Caída libre sobre un abismo profundo. La oscuridad se hizo a un lado, dejando expuestas las rocas punzantes que la esperaban al final del recorrido. Esas que prometían una muerte rápida y segura. Pánico y

desesperación iniciaron en Emi una sucesión de movimientos espasmódicos que aumentaron de forma crítica con la cercanía del fatídico desenlace. Con los ojos entrecerrados, Emi logró visualizar el águila que se precipitaba junto a ella y en un raptó de cordura dio rienda suelta a su instinto. Fijó la vista en el horizonte, ajustó su cuerpo en una posición constante y controlada, vertical, perpendicular al terreno. Y con un tremendo esfuerzo extendió como pudo sus nuevas extremidades. La resistencia del aire fue proporcional a la envergadura de sus enormes alas, golpeándola tan fuerte en medio de la abrupta frenada que estuvo al borde de destrozarse unas cuantas vertebras. Ignorando el sacudón, siguió las maniobras evasivas. Con un leve movimiento de sus plumas mayores hizo que toda su humanidad saliera disparada con violencia hacia adelante evitando la colisión, hasta ese momento inevitable. La polvareda que se levantó ocultó el sutil roce de sus rodillas contra el aguzado filo de las piedras. Un vuelo rasante sobre espinillos y jarillas calmó la excitación reinante. Respiró tranquila de nuevo.

El ave que permanecía apegada a su lado, adelantó su posición, guiando la marcha. La lección siguió y fue igual de intensa. Volaron entre bosques de eucaliptus y álamos, sumando destrezas y moretones en la joven aprendiz. En poco tiempo surcaron juntas, en formación cerrada, el espacio aéreo. El temor a las alturas que alguna vez torturó a Emi, huyó sin que ella lo notara. Era la libertad plena la certeza de sentirse parte de ese universo. Era pura felicidad y

agradecimiento cuando el tiempo se detuvo. Infinito se volvió el cielo de un dorado intenso. Abajo, en el horizonte, el sol se acostaba sobre la roca virgen. Parecía derretirla. Arriba, el viento resistía sus embestidas. Otra vez rugió en sus oídos. Se quejó. Jugó con ellas tratando de atraparlas en algún giro. En tirabuzón ascendente se elevaron hasta casi perder la conciencia. Y ahí se quedaron. Inmóviles. Suspendidas.

Un suspiro profundo de Nola evidenció que su respiración se había detenido en el fragor del relato. Y se tomó un minuto antes de darle el cierre a su historia.

—De alguna manera inexplicable para Emi, pasó de remontar ese cielo tan real como ella misma, al comedor de la casa de su amiga. Estaban tomando el té. Mientras con desesperación, Emi comenzó a buscar sus alas y el águila se alejaba de la ventana, Abril sonreía con picardía detrás de su taza azul...

Estábamos a punto de aplaudir, cuando Nola se puso de pie con cierta dificultad.

—Fin —dijo, y agregó—: ¿Puedo pasar al baño?. ¡Claro! Pasá —contestó la anfitriona. Yo traté de ayudarla, pero ella me esquivó. Con Vivi nos quedamos quietas. El momento se había vuelto algo tenso. La cara de nuestra amiga estaba más pálida que de costumbre. Cuando Nola nos pasó cerca, miré a Vivi que había puesto una expresión de espanto. Sus ojos casi

se salieron de las órbitas al tiempo que me señalaba la remera de Nola. Su espalda estaba manchada de sangre.

Andrea Lafitte

Singular

Mi nombre es Octavio Echeverry. Tengo 35 años. Nací en Capital Federal, en el barrio de Chacarita, donde aún sigo viviendo.

Mido un metro ochenta y cuatro. Morocho, ojos oscuros. De pequeño practiqué karate y llegué a cinturón negro en menos tiempo del esperado; dedicaba muchas horas a esta disciplina. Mantengo un buen estado físico, entreno varias veces a la semana.

Soy hijo único. Nacido de un embarazo de trillizos del cual sólo sobreviví yo. Según dijo la obstetra al sacarme del vientre, tenía las manos sujetas a los cordones umbilicales de mis hermanos.

Mi madre, María Soledad Irrutia, es viuda y, desde el punto de vista de los demás, sobreprotectora. Mi padre, Francisco Alberto Echeverry, murió cuando yo tenía 4 años. Por una infección interna repentina fue internado de urgencia y, entre otras cosas, lo conectaron a un tubo de oxígeno. Cuentan que yo estaba en el mismo cuarto en el momento en que dejó de respirar; Aunque no estoy seguro de recordarlo sino por el relato de aquellos que lo mencionan, a veces llegan a mí

recuerdos borrosos de vías y mangueras, largas, blandas, muy blandas y enlazadas.

No me atrae ninguna actividad deportiva en equipo. Me considero un gran lector. Incluso me gustaría escribir cuentos policiales y de terror. Es el género que más me seduce.

En las relaciones interpersonales soy más bien formal, sin demostraciones de afecto o sensiblería. Despliego un particular humor ácido y, aun así, caigo simpático. Actúo con determinación en todas mis acciones.

Mi estado civil es soltero. He estado en pareja varias veces, pero nunca conviví. Por el deporte, profesión y trabajo conozco a muchas personas, aunque con ninguna desarrollé una amistad. En la adolescencia empecé a tener trato con un vecino llamado Gabriel, pues mi madre insistió creyendo que así conseguiría un amigo. En realidad, confieso, acepté ir a su casa varias veces porque supe que la perra de la familia tendría cría en unos días. Me intrigaba ver ese acto. Era como revivirlo en primera persona.

Una tarde, después de haber tomado la merienda juntos, fuimos al lavadero donde se encontraba la perra, a punto de parir. Comenzaron las contracciones y luego de unos veinte minutos, los cachorros fueron expulsados uno tras otro. Nacieron tres. Gabriel, al verlos, salió en busca de su padre y quedé solo. Sin preguntarme por qué e impulsivamente, tapé el hocico del primero y del último en salir. Apenas se escuchó un quejido y dejaron de respirar. La madre me clavó su mirada y pensé que se abalanzaría sobre mí. Por el contrario, se puso

a lamer al sobreviviente, mordió su cordón umbilical y lo arrastró con su trompa hasta colocarlo debajo de su panza. No me cuestioné el impulso, sólo sentí que era lo correcto; me dio placer. Por primera vez tuve una sensación de goce orgásmico.

Me recibí de médico con especialidad en neurocirugía, carrera que cursé y finalicé según el plan académico, con el mejor promedio de mi promoción.

En los últimos tiempos, cuando atiendo a pacientes, vienen a mi mente imágenes que no parecen pertenecerme, pero sin embargo me tienen como personaje principal. Se entremezclan con diagnósticos, procedimientos y resultados. Me producen inquietud, incomodidad, curiosidad.

Ante el desenlace desfavorable de un tratamiento practicado, o una cirugía hecha, donde la persona enferma que acudió a mi consulta ya no tiene posibilidades de prolongar su vida, ciertos pensamientos turbulentos me generan satisfacción más que angustia. Resurge aquel placer adolescente.

Ahora mismo llega a mi consultorio Francisco Godoy. Hace un par de meses comenzó con dolores punzantes de cabeza, coincidiendo con la época en que decidió vender la casa familiar aunque su hermana no estuviera de acuerdo. Las alternativas aplicadas para su cura hasta el momento no dieron resultado. Una vez más, comienzo a imaginar otras opciones...

Daniel Zuvanic

Cromo-vanadio

Al concluir una jornada laboral infame, por fin en su casa, Alex comía un sándwich y bebía café, rebuscando en los saldos de su memoria algún deseo o fantasía que lo salvara de sí mismo. No funcionó. Al retornar el dolor en el brazo derecho, la mesa de pino, vacía y de brillante barniz, se tornó inmensa. Lamentó no haber comido parado en la mesada.

En las últimas semanas el brazo le había fastidiado y a falta de nada más importante, ese dolor lo mantuvo ocupado. Despertaba sin molestias. Pero sentado en la cama recordaba que el brazo le dolía y una puntada inmediata se lo confirmaba. Otras veces el dolor se escondía, como si estuviera anidando. Pero Alex sabía que estaba ahí.

Esa noche se examinó el brazo casi con interés científico, palpando con suavidad a partir del bíceps. Al llegar al hombro raspó con la uña algo así como un botón metálico. Acercando un espejo de mano descubrió una cabeza de tornillo. Ni recto, ni cruz. Un inaccesible tornillo hexagonal. No consiguió moverlo con el destornillador Phillips. Tuvo más suerte con el cuchillo Tramontina, ya que lentamente comenzó a girar.

Era un tornillo bastante largo y oxidado, cubierto de una película quizás sanguinolenta. Impresionado, lo arrojó lejos

en la mesa. Ya sin esa traba, desajustar el brazo fue fácil. Lo hizo girar como hélice, surgiendo en su extremo una rosca espiralada pulida, impecable, con las iniciales “Cr-v” (cromo-vanadio) grabadas en relieve. Admiró su excelente factura y calidad. Apoyó con suavidad su brazo, ahora independiente, en la mesa de pino. El dolor había cesado.

—¿Y si lo que me constituye es un mero accidente? — pensó asombrado.

Frente al espejo del baño, con la mano izquierda, movió su cuello despacio en el sentido de las agujas del reloj. Antes había despejado el lavatorio, guardando el peine y la afeitadora. Comenzó a desatornillarse.

Su cabeza, bastante pesada, casi se le cae. Y todo quedó en penumbras.

—Bueno, es un ligero inconveniente y puedo resolverlo —intentó animarse Alex, que ese verano había desarmado un ventilador que, pobrecito, nunca volvió a ser el mismo. Ahora giraba sus aspas con un ronquido enfermo. Abatido, se sentó en el piso del baño.

—Mejor me rearmo mañana —decidió. Vacío a tuestas el canasto de la ropa y metió dentro su ex cabeza para que no moleste por un rato.

Entonces observó un aro luminoso por encima de él, parpadeante en las sombras. Lo poco que quedaba de su cuerpo se adormeció, como una carga. En tanto una fuerza desconocida, ajena, lo empujaba buscando aire. De forma intuitiva escaló en dirección a la luz, reptando por un túnel vertical

hasta sus antiguos hombros. Al saltar a la claridad descubrió en el espejo un nuevo Alex, de dimensiones reducidas, hocico alargado, ojos astutos y color verde moteado. Sus patitas tenían dedos con prácticas ventosas.

—Soy un lagarto, pero lindo —pensó estudiando su imagen, en particular la de su colita.

Se divertía imaginando los comentarios en la oficina, su flamante reptilidad sería tema de chismes por unas semanas. Arrogante, Alex se propuso desafiar a esa gentuza sin cola, saltando en los escritorios o saliendo de sorpresa en los cajones. Pero no mañana, no, merecía tomarse un día libre para explorar las posibilidades de esta nueva vida, plena de sentido.

Comió algunas mosquitas de la humedad y, satisfecho, trepó por la pared. En las alturas miró con desdén su pasado, como a través de un velo. Olvidando para siempre las pasiones humanas, fue a dormir bajo la heladera, con el tibio ronroneo del motor.

Emiliano Campos Medina

Los ojos del geko

Cuando escucho ruidos aprieto bien el cuerpo entre la chapa y la viga de madera. La mayoría de las veces es algún gato que merodea por el patio, y el hambre o la curiosidad lo guían hasta el galpón en el que vivo; aunque a veces también puede ser la mujer rubia, que cruza el jardín y se sienta a fumar en una silla de mimbre. Fuma con el rostro atravesado de sombras y llora sin emoción. Solo una vez, desde que estoy acá, el hombre alto entró en el galpón. Ese día estuvo un rato largo acomodando cosas que hacen ruido, algunas que tienen ese filo blanco que me hace mal a los ojos y entonces me tengo que hacer como una bolita, para protegerme con la cola.

Rara vez me llegan ruidos desde la casa, como no sean esas tardes en las que el hombre alto pone música fuerte, como si quisiera hacer salir espantados a todos los bichos que duermen debajo de las botellas apiladas. Después cierra las ventanas y corre las cortinas. Casi siempre al otro día, la mujer rubia viene al galpón a fumar y llorar toda la mañana. Pero hoy fue diferente. Hace un rato la música paró de prepo. Un gato que se había acostado en el marco de una ventana salió corriendo, asustado por un golpe seco que hizo retumbar la pared. Después vi salir a la mujer rubia. Cruzó el patio con

un bulto enorme en una carretilla. Por la puerta del galpón se filtraba una luz tenue. La mujer se puso a dar golpes con una de las herramientas de filo blanco. Escuché chasquidos, desgarros y me tuve que hacer bolita; pero igual, en el rebote de un reflejo, me pareció ver la cara del hombre alto que me miraba sin expresión.

El boliche de Aldo

Se sabe: en los containers de basura que están en la cuadra de los restoranes se rescata algo. Por eso, anoche, como todos los días, fui bajando por el boulevard en dirección al río, juntando algún que otro cuarto de libra a medio comer, fonditos de gaseosas y sanguches rancios. Al final del paseo está el boliche de Aldo. Ahí, por unos billetes de los que junté, me puedo tomar unos vinos y pasar la peor parte de la noche. La calle está densa. Más ahora con esto de la ola polar; y encima lo del tráfico de órganos. Pedazo de hijo de puta ese al que se le ocurrió permitir que cualquier cajetudo pueda comprar un hígado o un pulmón, como si se tratara de un kilo de asado en la carnicería. En fin, así estamos. Por eso me cuido más que nunca del lugar en el que paso la noche, y acá en lo de Aldo me dejan estar a un costado, con mi vinito. Siempre que no me meta con nadie. Y yo claro que no me meto con nadie, con la rosca que hace afuera. Pero anoche resulta que Aldo andaba con ganas de hablar —o eso pensé en el momento. Porque

cuando entré y me fui a sentar al lugar de siempre, es decir al rincón más apartado y menos iluminado del antro, me hizo señas para que me sentara en la barra. “Este es el muchacho del que te estaba hablando” dijo Aldo a un tipo que estaba en la barra y que yo no había visto. “Ernesto era tu nombre, ¿no? Mirá, Ernesto acá el señor anda buscando gente para una changa. Sentate. Vení.”

No era la primera vez que Aldo me ponía en contacto con alguno para hacer un trabajito. Incluso él mismo, más de una vez, me había encargado un afano. El tipo se me sentó al lado y me empezó a hablar de la casa que un empresario tenía en un country. Del arreglo con los de seguridad, y de lo fácil que me iba a resultar entrar por una de las ventanas. “Aldo, servile una copa al muchacho, que tiene la boca seca”, dijo, y se largaron a reír. Yo no le hago asco a nada, y menos si se me invitan, pero ese vino no sé bien qué tendría, porque antes de terminar el vaso me empecé a sentir mareado. Cuando me quise acordar, me costaba sostener la cabeza sobre los hombros. La vista se me nublaba. “Ahora lo vamos a sacar bueno al ciruja éste”, escuché que decían entre risas. “Hígado y riñones olvidate; pero con suerte los pulmones, el corazón y las córneas. Al final vas a servir para algo flaco. ¿Viste?, ¡en el mercado hay lugar para todos!”.

Emiliano Ariel Mazzeo

Cuaderno azul a lunares

Samuel lleva hoy, en su cuaderno azul a lunares, un diez. Es la primera vez en cinco años de primaria. Está orgulloso y sonríe mientras toma sol sentado en un tronco de la plaza-potrero frente a la escuela. Si la madre estuviera despierta, él iría corriendo a mostrarle, pero laboró toda la noche y está planchada. Decide arrancar para el templo.

—Samuel, ¡qué cambiado que estás, che! No te había reconocido.

—¿Qué onda, profe? ¿Viste? Me rescaté un poco. Era mucho bardo.

—¿Y la bici? ¿No andás más en el delivery?

—No, eso fue, se estaba poniendo pillo. Los narcos pagaban miseria y los ratis me tenían de hijo y me sacaban lo poco que juntaba.

—Bueno, mejor que dejaste. ¿Cómo se las arreglan con tu vieja ahora?

—Consiguió laburo en una fábrica de calzado a la noche. Con eso y mi beca tiramos. Bueno me voy pa'l templo.

—¿Qué templo?

—El que está a unas cuadras. Almuerzo ahí. Es mejor que en la escuela. Después me dan apoyo escolar y me enseñan

cosas de la Biblia. Hoy voy a comer, nada más. Le quiero mostrar a mi vieja el diez que me saqué —blande con una sonrisa radiante el cuaderno azul a lunares. El profe está seguro de que nunca lo vio reír en los cinco años que lo conoce. —Lo veo el jueves profe, sabés que a tu clase no faltó, ni paqueado.

—¡Samuell!

—¡Era joda! Ya no paqueo más. Como dice el pastor... (habla difícil pero se le entiende todo): “¡Que é um instrumento do diabo! ¡E seu corpo é o templo de deus!”. Él me sacó “o diabo” del cuerpo, le costó mucho, y la verdad que a mí no me cabió demasiado. Igual no le cuento más. El pastor dijo que: “Isso é entre nós dois e Deus”. Bue... me rajo que si no me quedo sin lugar.

“Nada puede ser bueno si tiene que quedar entre un pastor, Dios y un pibe de 11 años”, piensa el profe. Prende un cigarrillo y camina sin rumbo por el barrio, esquivando los charcos de barro que se forman, llueva o no, a lo largo de las calles y las veredas del humilde barrio del conurbano bonaerense.

De pronto se encuentra con una parva de chicos amontonados contra un gran portón blanco que se abre mecánicamente justo frente a él y deja ver el imponente edificio reluciente, que contrasta con la miseria del barrio. Todos entran como un ejército de hormigas. Él, hipnotizado, se dirige hacia el templo. Dos jóvenes lo interceptan.

—Disculpe señor, pero el comedor abre solo para los menores de once años. Si desea puede pasar después de las

veinte, que está el comedor popular para adultos.

—No, gracias, muy amable. Soy profe de la escuela que está acá a unas cuadras. Solo estaba curioseando. ¡Hasta luego!

—Gira. Una bicicleta pasa zumbando frente a él.

—¡Cuidado, profe, casi lo atropello! ¿No diga que ya lo chuparon los evangelios estos?

—¿Andrés? ¿Cómo andás? ¡Che, no digas así! No seas intolerante —Lo reta sin dureza. Lo conoce. Fue su alumno hace algunos años—. Cada uno cree en lo que quiere.

—Y bueno, profe, yo creo que estos santurrones son todos violines —dice bien fuerte y los dos muchachos lo miran fijo, mientras el enorme portón se cierra. —¡Dale, gato! ¿Qué me miras? ¿Te gusto, violín?

El más alto avanza hacia Andrés, pero el otro le dice algo al oído señalando al profe, y los dos retroceden en silencio. Miran con odio a Andrés, que les sostiene la mirada con gesto burlón.

—Pará, Andrés. ¿Por qué te la agarrás con ellos? ¿Qué te hicieron? —Intenta calmarlo. Sabe que es un chico que no va a parar hasta generar una pelea.

—¡Es que estos gatos no saben con quiénes están jugando! Se chupan a los pibes que hacemos el delivery, los narcos no se lo van a dejar pasar así nomás. Y si no son los narcos, tarde o temprano, los del barrio se les van a parar de manos cuando sepan lo que hacen ahí adentro —comienza a gritar y sus ojos se llenan de lágrimas mientras arranca con la bicicleta a toda velocidad. —¡Estos putos van a cagar fuego!

—¡Pará Andrés! ¿¡Qué sabés vos de lo que pasa ahí adentro!?
¿¡Qué te contaron!?

Pero no hay caso, la bici ya dobla la esquina a toda velocidad.

Lleno de preocupación, el profe emprende la vuelta a la escuela, pero decide antes entrar a la casa de comidas donde, habitualmente, come el sándwich de milanesa completo que todos los jueves se promete trocar por ensalada. Hoy tampoco va a ser ese jueves; mejor la milanga.

Doña Inés lo recibe con un parco gruñido a modo de bienvenida.

—¡Buen día, Doña Inés! Lo de siempre...

La doña solo hace una mueca y entra a la cocina; unos minutos más tarde deja sobre la mesa una tremenda alpargata que el profe engulle despacio, pero sin pausa.

Ya están pasando por la puerta del local “los de la tarde”, que lo saludan con una sonrisa. Tiene unos minutos antes de que empiece el turno.

—¡Qué cara, profe! ¿Qué le pasa? —lo sorprende Doña Inés; nunca antes había escuchado su voz, ella solo se comunica con gruñidos y ronquidos.

—Nada. Pienso cosas. ¿Sabe algo del templo de acá a dos cuadras?

—Estos *evangelios* en tres semanas levantaron tremendo templo y supuestamente vinieron para sacar a los pibes de las calles, pero nada es gratis en este mundo profe. A los pibes no les queda otra que ser los deliverys de los narcos o los...

—¡Putos de mierda! ¡Hijos de mil putas! —la interrumpen los gritos de Samuel que corre por la vereda agitando el cuaderno azul a lunares.

Detrás, una moto con dos tipos a cara descubierta lo persigue. El acompañante desenfunda una pistola nueve milímetros, apunta y dispara. Samuel atraviesa el amontonamiento de padres y chicos que ingresan a empujones a la escuela.

El profe instintivamente salta de la silla y corre detrás de la moto puteando y tirando piedras.

Samuel dobla la esquina, salta hacia el alambrado de su casa y comienza a trepar con una mano. La moto se detiene y se oye una detonación. El chico siente un agudo dolor en su pierna derecha, se suelta del alambrado al tiempo que se oye una segunda detonación. Un dolor más profundo en la espalda lo hace caer de rodillas. La moto arranca a gran velocidad.

El profe, sin aliento, llega a atajar a Samuel antes de que se desplome en el suelo.

Samuel le extiende el cuaderno azul a lunares, que nunca soltó, y con un hilo de voz le pide:

—Muestrelé a mi vieja, profe, muestrelé.

Fernando Serra

Junio bajo fuego

Beatriz y Rodolfo trabajan, como todos los días, en un edificio público en el corazón de Buenos Aires, la ciudad donde todo sucede y la historia no se cansa de contar. Hace dos años que se conocen. La distancia entre sus oficinas no impidió que se cruzaran en más de una oportunidad. Encuentros ocasionales y compañeros en común fueron acercándolos. Para mayo de 1954 ya se habían puesto de novios y no se separaron más. Trece meses después serían testigos de un trágico momento de la historia argentina. Historia que los marcaría hasta el final de sus días.

Es 16 de junio y ven la propia muerte muy de cerca. La ajena la ven hecha realidad, en medio de esquirlas y vidrios estallados. Sorteán escritorios y puertas destrozadas por las bombas. Esquivan escombros y compañeros heridos. El estruendo que producen los proyectiles se apodera del ambiente y aterra. El olor de la pólvora se impregna en sus narices. Afuera todo es un cuadro caótico que solo puede ser diseñado por mentes perversas.

Desesperados, “Bety” y “Rodo”, como los llaman todos, desandan escaleras y pasillos hasta el túnel subterráneo en busca del último tren de la línea “A”. Perderlo sería también

perder la vida. Ella, con rastros de la sangre que gotea de su cabeza herida, trastabilla, y en su intento de huida cae. Pero finalmente, sigue. Él la ayuda a levantarse. No hay tiempo. A la par de ellos, cientos de almas procuran lo mismo y con idénticas urgencias. Se agolpan en los vagones, aturdidos por los gritos y súplicas que ilustran un escenario inesperado. Otras, más lejos, no llegan al objetivo y es posible que mueran en el intento. Varios de ellos son compañeros de trabajo. Muchos otros, la inmensa mayoría, desconocidos transeúntes de una ciudad en llamas. Tienen algo que los hermana: son todos inocentes.

En la superficie, la histórica Plaza de Mayo sufre una cruenta agresión militar. Inútil, cobarde e incomprensible. Algo que es lo más parecido a una guerra, pero no entre naciones sino entre hermanos. Cuerpos quemados y mutilados. Varios ya inertes. Autos incendiados y aniquilados. Igual destino para muchos edificios que dibujan un perfil de ciudad de ficción, pero trágicamente real. Ellos, los agresores, al mando de aviones que surcan el cielo, son todos asesinos con sed de revancha. Sobrevuelan las calles como en un juego de buenos y malos. Son los malos, pero se sienten buenos. Se creen los héroes de una película sin guion, sin escribir.

Los dos logran escapar: alcanzan finalmente el último subte que arranca minutos antes de que un proyectil de gran poder destructivo impacte sobre la estación ubicada justo debajo de la plaza, sumando más muertes innecesarias. En Primera Junta,

al final del recorrido, cientos de ciudadanos los ven llegar y no comprenden por qué tanta gente maltrecha y ensangrentada se baja de un tren que diariamente traslada pasajeros que van a trabajar al centro. El pánico se traslada más allá del epicentro del desastre, y solo así comienza a transformarse en noticia. La ciudad ignora los acontecimientos. Parecen zombies que invaden las calles, ante el asombro y el miedo de desprevenidos personajes de la vida cotidiana.

Siguen adelante y buscan ayuda. Logran tomar un taxi y recorren el trayecto que los separa del hogar de Rodolfo. Sus padres aún no conocen a Beatriz. ¡Particular manera de presentar a su prometida! Desconocen también lo que sucede a tan solo cincuenta cuadras de allí. Nada se sabe. Todo es desconcierto y finalmente, miedo. Pero consiguen algo de contención y las primeras curaciones.

Las semanas pasan y la ciudad poco a poco recupera su normalidad. En el mismo lugar donde días antes reinó el odio y la destrucción, Rodolfo vuelve a una oficina casi en ruinas, sin vidrios ni ventanas de protección. Rodeado de ausencias, de silencio, y soportando el crudo frío del invierno. Bety, por salir herida en el ataque, regresa un tiempo después. Por suerte regresa. Agradecen a Dios estar vivos. Al Dios en el que creen.

Al cabo de los años, les contarán a sus hijos una y otra vez el trance más difícil que les tocó vivir. Casi como un ritual obligado que se repetirá con cada aniversario. Los hijos comprenderán entonces que las heridas del cuerpo sanan; las

otras permanecen ocultas y dejan marcas en la memoria y más aún en el alma.

Jorge Luis González

Espantajos

Hubo una época en que para los pibes del barrio San Rafael, en aquellos veranos de Mar de Ajó de antes, ir solos al centro, o “al pueblo” como le decían, era la meta más ansiada. En ese tiempo, el centro o el pueblo de Mar de Ajó era una jaspeada aldea de primera. Algún almacén, un par de restaurantes, el destacamento, la telefónica, la iglesia y “lo de Marcos”.

Mar de Ajó también es tierra mítica. Sinfín de alegorías escritas sobre sus costas han sido guardadas con celo en los confines del océano, después de que una ola las desdibujara al filo de la costa. En los atardeceres playeros, la charla de los grandes se volvía solemne. Algún viejo pionero narraba la historia de tres submarinos alemanes que, apenas terminada la Segunda Guerra Mundial allá por septiembre de 1945, emprendieron una inédita travesía hasta estos territorios para rendir su pabellón en la base naval de Mar del Plata.

Del auditorio siempre surgía idéntica cuestión: “¡Pero si en Mar del Plata solo se rindieron *dos* submarinos!”.

—El tercero... El tercero se perdió en el mar...—
Sentenciaba el anciano colonizador.

Ir al centro solos, que los dejaran ir, tanto insistía el piberío que al final los padres accedieron.

No fue difícil ponerse de acuerdo en las reglas que impondrían a los cachorros para su ceremonia de inicio. Se conocían todos.

“A la tarde, después de la playa, de seis a ocho. A las ocho en casa, van juntos y vuelven juntos. Todos. Nadie se separa, van a lo de Marcos y nada más, ida y vuelta por la Newbery. ¿Está claro?”. “Sí papá, sí mamá”.

Se encontraron a las cinco y media en punto en la Newbery y Rial para emprender desde allí su primera excursión de siete cuadras hasta el centro, hasta el pueblo. No fuera cosa que perdieran tiempo en el viaje.

El mar estaba planchado esa tardecita. Había que mirarlo fijo para poder adivinar su vaivén. Límpido, verde, bien verde. Una brisa suave que bajaba del oeste refrescaba el ambiente. Incrédulos, en círculo, practicaron el conteo por décima vez. “Estamos todos, ¿no?”. Compactos, en bloque, brazo con brazo por la Newbery a paso firme y decidido.

“Lo de Marcos” era una Disneylandia prehistórica. Rejunte de flippers, maquinitas primitivas varias y otros menesteres para la diversión. Arriba, y adentro. Ni sintieron los escalones bajo sus pies.

Las primeras sombras iniciaban su danza sobre la playa, un ballet perfecto de claroscuros, dirigido a medias por el sol y por la luna. El mar continuaba planchado y verde, muy

verde. La brisa del oeste, sin detenerse, anunciaba una noche más que fresca.

Las fichas se acabaron. Preguntaron la hora. “Ocho menos veinte”. Pasa rápido el tiempo cuando te divertís con amigos.

Galoparon escaleras abajo. Chicos de entre siete y nueve años no podían regresar sin una travesura a cuestras. “Volvamos por la playa. ¡No! Por la Newbery. ¡No! Por la playa”. Se juramentaron secreto y encararon al este, a la playa.

La noche casi le había cerrado su portón al sol. La luna comenzaba a pinclar de plata la rompiente. El mar seguía planchado y verde, muy verde. El frío de la brisa del oeste se hacía sentir. Apiñados, caminaron por la arena dura con rumbo a San Rafael.

Primero fue un borboteo, espumarajos burbujeantes a ochenta metros de la costa, en el mar planchado, verde, muy verde.

Al cabo, una silueta estilizada de metal emergió entre suaves crujidos. El óxido ocre que la cubría denotaba su antigüedad y contrastaba con el verdor del agua. Solitario, muy lejos de su manada, el viejo lobo gris, quieto sobre la superficie hamacándose con la deriva. La inconfundible letra “U” despintada en su vela, seguida por un número ininteligible, delataba su origen.

Un chirriar de bisagras surgió de la torreta. Un destello estelar le dio luz al torso de una, dos, tres siluetas corpóreas envueltas en uniformes harapientos, coronadas con gorras andrajosas, encaramadas allí.

Los pibes no podían entender lo que sucedía, un submarino ahí, delante de ellos, tan cercano, tan remoto.

Se asustaron. Tanto que casi se desbandan. Dos intentaron correr sin saber a dónde. Los atajaron a puro manotazo. Otros comenzaron a gritar desesperados hasta que les taparon la boca. Algunos con lágrimas en los ojos, inmovilizados por el miedo. Todos desesperados buscaron a un grande pero, esa noche, la ribera estaba desolada.

El alboroto de la playa sobresaltó a uno de los espantajos. Con un movimiento de cabeza desvencijado lanzó un vistazo de cuencas vacías a los chiquilines aterrorizados. Mirada serena, cargada de inaccesibles añoranzas, a pesar de la negrura que brotaba de esas cavidades huecas. Resignado por su destino fatal de patrulla eterna, levantó el brazo derecho y guió la mano hasta la visera de la gorra. A modo de despedida probó un último saludo marcial desarticulado, mientras la manga del saco marinero flameaba deshilachada.

Agitados por el pánico los chicos no dejaban de contemplar la imagen espectral que se desplegaba ante ellos.

De repente, las siluetas desaparecieron. En segundos, el agua de nuevo comenzó a borbollar alrededor de la figura afinada. Se sumergió. Dejó una estela de espuma que se diluyó con rapidez. El mar siguió planchado, verde, muy verde.

Eso sí, a las ocho todos estaban en casa. Aquel verano decidieron que nunca más volverían de noche por la playa.

M. E. Guadalupe Corea

El ringtone de Felisa

Doña Felisa nació en Trujillo, Extremadura. Sus padres, Ana y Francisco, tenían campos y se ocupaban de la cría de ganado caprino. Sus hermanos continuaron la faena durante muchos años.

En el verano del '63 Felisa y su hermana Beatriz fueron a pasar las vacaciones a Madrid. El 15 de agosto, en la celebración de la Verbena de la Paloma, conoció a Antonio. Bailaron el chotis muy juntitos y después de aquellos tres pasos a la izquierda, tres a la derecha y un par de vueltas, no se separaron más.

Al poco tiempo de aquel baile se casaron. A los dos años ella quedó embarazada. Faltando poco para dar a luz, en el hospital le dieron la mala noticia de que el bebé había muerto. Después de la intervención no le garantizaron la posibilidad de volver a quedar encinta. La angustia lastimó el corazón de Felisa para siempre.

Siete años habían pasado desde aquel fatídico suceso cuando su médico de confianza le confirmó otro embarazo. A la novena luna Felisa tuvo una hermosa niña a la que llamó María Victoria, cumpliendo así la promesa a la Virgen de la cual ella era devota.

Antonio falleció cuando la joven Vicky se mudó a Madrid para estudiar Medicina. Esa noticia inesperada devastó a Felisa. Otra vez la vida maltrataba su corazón, pero su buen carácter fue la clave para superar ese duro momento.

Pasaron los años. Su hija se recibió de médica y se quedó en Madrid. Felisa quedó sola en su antigua casa donde todos sus días son iguales: el aseo, el tendido de la cama y la boca pintada. Su coquetería es inapelable al igual que su buen humor.

Se la suele ver rodeada de amigas, desayuna por un precio módico en el club social de adultos mayores. Un punto de encuentro para pasarlo bien. Algunas veces se entretiene jugando a la canasta durante toda la jornada matinal. A las once en punto el ringtone del teléfono de Felisa pone stop al jolgorio de cada mañana: “El día que me quieras, la rosa que engalana...”. Hasta allí llega Gardel cuando ella con su dedo índice hace presión sobre la pantalla digital para responder al llamado. Su hija, a cien kilómetros de allí, le recuerda que debe tomar las pastillas para el corazón, imprescindibles para su salud. Todo el club social conoce el horario de la medicación, imposible no escucharlo.

Desde una mesa lateral y después del desayuno, Eugenio sobresale jugando al dominó con algún compañero de ocasión y, entre ficha y ficha, observa a esa mujer risueña. Sus ocurrencias lo divierten.

Para él también todos los días son iguales. El aseo, el tendido de la cama y la barba rasurada. Su pulcritud es irrefutable al

igual que su forma romántica de entender la vida.

Eugenio es argentino pero ha vivido en España más de la mitad de su vida. Fiel al tango, al mate y al dulce de leche, sumó otros sabores ibéricos a través del tiempo pero nunca renunció a los de la cuna. Es un hombre alto, de 75 años, culto. No habla mucho. En sus años activos fue odontólogo. Vive solo.

Gran parte de su tiempo lo pasa en el club y con ansias espera cada día para poder contemplar a su musa. A través de una amiga de una amiga de Felisa pudo conseguir su número de teléfono, y una mañana de otoño decidió cambiar la rutina. Faltando cinco minutos para las once la llamó. Ella dejó de jugar, tomó el teléfono y con su dulce voz, respondió:

—¡Hola!

Del otro lado sintió una respiración nerviosa.

—¿Quién habla? —insistió Felisa impaciente.

Eugenio tomó coraje y cantó: “Cómo ríe la vida si tus ojos negros me quieren mirar...”.

El resto de pensionistas refrendaron los pasos lentos del enamorado viéndolo llegar hasta su mesa; allí frente a ella se olvidó del mundo, y con voz de avezado barítono confesó:

—Quiero ser yo el ringtone de tus mañanas.

Una declaración de amor tan romántica como aggiornada al siglo XXI. Las damas quedaron boquiabiertas, pero Felisa con su habitual humor contestó: —Acepto, caballero, pero con una condición: que su ringtone suene mejor que Gardel.

“El día que me quieras, la rosa que engalana”... Felisa sosegó al teléfono con su índice. Del otro lado y a cien kilómetros, escuchó:

—Mamá, ¿por qué tenías el teléfono ocupado? ¡Es hora de la medicación!

—Ya lo sé, mi niña. Es que hoy mi corazón ha vuelto a latir. Ha vuelto a vivir. Ha vuelto a sentir.

Y con una vivaz carcajada, Felisa Gómez Ruiz dio por terminada la conversación.

Natacha Etkin

La casa

Santiago dio un rodeo por el jardín. Le llamó la atención que el pasto estuviera tan bien cortado: quizá el jardinero de la casa vecina le había hecho el favor. Cuando puso la llave en la cerradura y empujó la puerta, descubrió con sorpresa que no mostraba resistencia: ya estaba abierta. Le resultó extraño, ¿la había dejado así la última vez?

Un coro de sonidos del mundo animal lo recibió apenas entró.

Dos vacas estaban echadas en medio del comedor. La bosta esparcida en los rincones inundaba el aire de un olor insoportable. Pájaros de todos los tamaños habían anidado entre las vigas del techo y la mesa de algarrobo estaba sucia, cubierta de manchas blancas.

Santiago se detuvo un momento, angustiado, pero enseguida se repuso; no se resignaba a perderla.

En el pasillo que daba a las habitaciones, una familia de zorros lo recibió con mirada filosa y expectante. Le impidieron el paso haciendo una barrera. Pero cuando les arrojó el llavero salieron veloces a esconderse.

Siguió tembloroso el recorrido, caminando despacio. Se tapó la boca y la nariz con la remera y avanzó. Por todos lados

había ramas, hojas, pequeños animales muertos. Su sangre derramada, ya seca, manchando el piso de madera de pino.

Se acercó al cuarto principal y se quedó inmóvil en la entrada. Muchísimas liebres, en una cantidad incalculable, dormían amontonadas sobre la cama donde aún estaba el cobertor amarillo. El piso estaba regado de frutos y restos de otros comestibles. La basura, los envases de comida rotos o aplastados y un reguero de orín recorrían la pequeña habitación.

Santiago dio un paso atrás, y otro más. Apoyó su espalda en la pared; se sintió vencido. Se pasó la mano transpirada por la cabeza, bajó la mirada y lo vio. Allí, en el umbral: entre las boletas impagas, un sobre con el sello del juzgado.

La casa tenía nuevos dueños.

Paula Vanesa Ganiko

Paula es fea

Paula es fea. No fea como esas brujas con una verruga en la nariz, que ahuyentan a los niños, y viven rodeadas de gatos en caserones antiguos deteriorados. Paula es fea en el sentido más simple de la palabra: no agraciada.

Paula es fea. No me digan que no. Tiene la cara redonda como una galleta, ojos tan pequeños que pareciera que están cerrados, una nariz chata que no puede sostener ningún antejo, y unos labios gorditos en forma de corazón. Es baja de estatura y tiene unos cuantos kilos de más. Es un poco tímida, pero le encanta abrazar a la gente que quiere.

Paula es fea, sabe que es fea; así que cuando va a algún casamiento o fiesta, se sienta en la barra a tomar sus tragos preferidos: margaritas y daiquiris. Desde allí ve cómo sacan a bailar a las invitadas, y a Paula, obviamente, nadie la invita; por lo que sigue con sus tragos. A veces se acerca alguna tía un poco anticuada que le dice: “Nena, nadie te saca a bailar porque parecés una borracha, ¡dejá de tomar!”.

Paula es fea y ya no sabe si sigue sola por fea o por casi borracha; pero a esta altura de la noche no le importa. Paula es fea, y como es algo que no puede cambiar, lo acepta; y así sigue

con su vida con la fealdad a cuestas. Eso sí, antes de irse a casa sola, se clava un último daiquiri.

Facundo

Paula estaba sentada en la barra tomando uno de sus tragos favoritos, sumida en sus pensamientos, sin darle demasiada importancia a la fiesta que ocurría alrededor. De repente se sentó a su lado un hombre que ella no conocía.

—¡Hola! —dijo de golpe el recién llegado. Paula lo saludó después de recuperarse del susto. Como ella sabe que es fea, y los hombres no se le acercan, se preguntó si se le habría roto el vestido o alguna otra calamidad. Él notó la incomodidad de ella y le aclaró:

—No pasa nada, sólo quería saludarte.

—¡Ah! OK, gracias.

—Mi nombre es Facundo —dijo el desconocido.

—Yo soy Paula —contestó ella.

—No me gustan estas fiestas —dijo él.

—A mí tampoco.

Y después de un poco de charla en la que eligieron el vestido más feo, al que peor bailaba y quién estaba más borracho, Facundo le dijo:

—¿Cómo está tu perra Roma? (—¡Alerta! ¿Cómo sabía eso?)

—Sé que trabajás desde tu casa, que el otro día te compraste

unas zapatillas en cuotas. Sé dónde vivís, que te gusta cocinar carrot cake —soltó Facundo de un tirón.

Paula se asustó y se quedó muda.

—Sé todo sobre vos. No entiendo cómo no te acordás de mí. Vivíamos uno junto al otro en la calle Monteagudo, después te mudaste y ni te despediste.

—Disculpame, en esa época yo tenía unos 10 años y no salía mucho de casa, no me acuerdo de los vecinos.

—Sé que te sentís fea, pero quiero que sepas que para mí sos hermosa y cada vez que te decías que eras fea, yo sabía que me enviabas una señal para que te haga ver bonita.

—Estás totalmente equivocado, me voy de acá —lloriqueó Paula.

—Vos venís conmigo —dijo Facundo. Sacó una navaja y la apoyó en su panza.

Paula forcejeó para liberarse y sintió cómo el frío acero entraba en su abdomen y salía con lentitud. Sus gritos de dolor quedaron ahogados en la música de Led Zeppelin que sonaba a todo volumen. Facundo la llevó a un sillón en un costado y la dejó tirada ahí. Nadie iba a notar que ella se estaba desangrando, porque el vestido era negro e iban a pensar que estaba borracha después de haberla visto toda la noche en la barra. Y así se fue Paula, despacito, sin que nadie se enterara.

Sergio Daniel Albornoz

El gran capitán

El tabernero tocó varias veces la campana para silenciar a la ruidosa clientela.

—Hoy se cumplen diez años desde que zarpó por última vez el Yilmaz. Brindemos por el capitán y su tripulación; Dios los tenga en la gloria —dijo, levantando su copa.

—¡Ese ladrón musulmán estaba loco! —gritó un marinero con desprecio y escupió al piso.

Un viejo barbudo, sentado en el fondo de la taberna en medio de una nube de humo, golpeó con fuerza su jarra vacía contra la tosca mesa de madera—. ¡No era musulmán, mucho menos ladrón! —dijo indignado con la pipa colgando de la comisura de los labios.

Los parroquianos se asombraron. Era la primera vez en diez años que el hombre hablaba. El tabernero le sirvió otra jarra para soltarle la lengua. El anciano se frotó su único ojo, nublado por las cataratas; tomó un largo sorbo de vino; se limpió la boca con la manga del saco y, con voz firme, comenzó a contar por primera vez la historia de su entrañable amigo, que en parte era también la suya.

—Nacimos en una pequeña aldea cerca de Cahul, en el Principado de Moldavia. Él se llamaba Vadim, aunque no

creo que alguien todavía lo recuerde por ese nombre. Cuando éramos apenas unos púberes, las autoridades obligaron a nuestras familias a entregarnos como prisioneros cristianos a los otomanos. Nos incorporaron a su temida infantería de jenízaros. Los musulmanes lo rebautizaron Melek, por el aspecto angelado que le daban la piel blanca, el cabello rubio enrulado y los ojos verdes.

Con el paso de los años nos convertimos en soldados aguerridos. Como recompensa por nuestra valentía en los campos de batalla nos designaron miembros de la escolta personal del Gran Visir en el Palacio de Topkapi.

El destino quiso que Melek estuviera de guardia, cerca de la Sublime Puerta, la fría noche en que atentaron contra el funcionario. Espada yatagán en mano, salvó la vida al Visir tras batirse con seis atacantes. A partir de esa noche lo llamaron Melek Yilmaz, que significa “ángel intrépido”. La profunda herida en la mejilla izquierda (que con el paso de los años se ocupó de ocultar con su frondosa barba rubia), el börk verde y su espada curva fueron los únicos recuerdos de esa época que lo acompañaron el resto de su vida.

En 1826, cuando el Sultán degradó y mandó a asesinar a su propio cuerpo de jenízaros, nos ocultamos en los fogones de los baños de Estambul. El Gran Visir intercedió ante el Sultán y, después de varias semanas, nos dieron un salvoconducto para escapar en un barco corsario, con la única condición de nunca más volver.

A bordo de ese navío participamos en varias razzias en

pueblos costeros del Mediterráneo. Secuestrábamos cristianos para llevarlos a Argel, donde vendían a los hombres como mano de obra y a las mujeres para ser usadas en los harenes. No toleramos convertirnos en piratas berberiscos, así que nos alistamos en un bergantín holandés.

Melek soportó como un asceta las inclemencias del mar y las injusticias de los capitanes a quienes servimos, mientras aprendíamos los secretos del arte de la navegación hasta convertirnos en marinos avezados.

Surcamos los mares del mundo, sobrevivimos a tempestades y a naufragios. También conocimos islas paradisíacas en las que estuvimos con mujeres exóticas. Después de años de travesías, un armador belga nos contrató como oficiales de un buque recién botado. Pese a que era un velero espacioso, con una gran cubierta corrida, se caracterizaba por ser veloz, difícil de interceptar. Zarpamos en el viaje inaugural rumbo al Golfo de Guinea con un cargamento de armas. El solo hecho de navegar hacia la Costa de los Esclavos fue un mal augurio para Melek; su desconfianza hacia el armador y el capitán creció día tras día.

En África, mientras descargábamos y nos reabastecíamos de víveres, nos enteramos de que habían fletado el barco para llevar un cargamento de esclavos negros hacia el Caribe. Los trajeron al muelle a punta de pistola; eran trescientos hombres y mujeres jóvenes, quizás más. Los encerraron en la bodega, pero como el espacio no fue suficiente, muchos fueron encadenados sobre cubierta.

Cuando zarpamos, un cruce de miradas fue suficiente para ponernos de acuerdo. A solo un par de millas del puerto él subió al puente y, sin pronunciar palabra, degolló al capitán. Yo hice lo propio con los otros dos oficiales que estaban sobre cubierta. Liberamos a los esclavos y dejamos ir al resto de la tripulación. Viramos rumbo al puerto y, para horror de las autoridades, mandamos a pique al flamante navío.

La noticia se esparció veloz, al igual que el ánimo de venganza del armador. Huimos remontando el Níger en una falúa. Después deambulamos por la selva hostil hasta que una tribu nos encontró, moribundos, enfermos de cólera. Pudimos sobrevivir gracias a los cuidados de un médico brujo igbo; pero, antes de cumplirse el año del hundimiento, los soldados nos capturaron. Fue nuestro turno de viajar encadenados en una bodega, como delincuentes, hasta la metrópoli. Allí nos condenaron a muerte por el asesinato del capitán y de los dos oficiales, aunque en realidad lo que más indignaba a los jueces era la pérdida del buque y de su valiosa carga humana. Resignados, aguardamos la ejecución de la sentencia en la gélida prisión del castillo de Loevestein.

Pero la suerte, otra vez, estuvo del lado de Melek. Pocos meses antes, en la lejana Estambul, un golpe palaciego había obligado al Gran Visir a exiliarse en Europa. Se radicó en Bélgica, donde pronto escuchó la noticia de nuestra sentencia a muerte. El anciano indemnizó al armador del barco hundido y a las viudas de los asesinados. Recurrió a todos sus contactos diplomáticos para entrevistarse con el rey Guillermo II. Con

sutileza le explicó la mala reputación que le traería ejecutar a quienes habían impedido que un buque negrero navegara bajo la bandera del rey. El joven soberano, educado en la Inglaterra abolicionista, otorgó el ansiado indulto en 1842. Nos liberaron justo a tiempo para que Melek pudiera, al fin, abrazar a su protector en el lecho de muerte. El otrora poderoso primer ministro del Sultán lo sorprendió, por última vez, al designarlo su único heredero. La deuda de gratitud recíproca quedaba saldada.

Mi amigo usó la fortuna para mandar a construir el clíper de tres mástiles que siempre había soñado. Lo bautizó Yılmaz, que significa intrépido, en su propio honor, y yo fui su primer oficial. Era un navío mercante veloz, al que Melek había dotado con seis cañones —dos a babor, dos a estribor y dos en popa—, convirtiéndolo en una embarcación formidable. Ese poder de fuego nos permitía defender las valiosas cargas que transportábamos y, también, mandar a pique a cuanto buque esclavista se nos cruzara. Durante años sembramos el pánico entre los capitanes negreros a lo largo de toda la costa occidental de África.

Su fama de capitán temerario se agigantó con cada viaje. En todas las tabernas se contaron historias increíbles sobre Melek Yılmaz. Llegaron a decir que cuando Eolo desencadenaba vientos huracanados, el capitán podía domarlos con sus ojos verdes, transformándolos en un céfiro cuyo soplado apenas hinchaba las velas. También dijeron que Melek desafiaba a Poseidón, cambiando el curso de las corrientes marinas

según su conveniencia. La realidad es que, gracias a su pericia, sorteamos todo tipo de tempestades, aunque varias veces, debido a su tozudez, estuvimos a punto de naufragar. Recuerdo en especial una noche en el confín del mundo. Parecía que el mismísimo Zeus se había fastidiado con nosotros. Atravesamos una tormenta como nunca antes habíamos visto. Terminamos varados en una playa inhóspita. El casco crujió cuando nos incrustamos en el lecho rocoso. Las olas nos castigaron sin piedad durante horas, con una fuerza inusitada. El Yilmaz estaba herido de muerte; casi lo dimos por perdido. Pero la tripulación, siempre fiel a su capitán, se negó a abandonar el navío. Todavía no me explico cómo pudimos mantenerlo a flote mientras esperábamos que subiera la marea. Desencallar en esa costa maldita fue un verdadero milagro.

Pero llegó un momento en el que ya nada satisfacía el hambre de gloria de mi viejo amigo. El capitán se transformó en su propia tempestad. Su mirada, intensa y vivaz, se volvió desangelada y fría a medida que cruzaba el Rubicón que separa la lucidez de la locura. El delirio de unir los dos polos, en una sola travesía, creció enfermizo en su cabeza.

Hace diez años yo estaba ahí afuera, en el muelle, malherido. Él se había liado el börk verde de una forma extraña. Me saludó desde el puente, mientras marcaba el rumbo hacia el polo norte con su espada yatagán desenvainada. “¡Suelten amarras!”, lo escuché ordenar con su inconfundible acento.

Esa mañana, con mi único ojo todavía sano, vi cómo Melek iniciaba su último viaje; ése que lo convertiría en leyenda.

Silvina Vanesa Daglino

Partiendo

Lucía Lombardo formaba parte de la resistencia de mujeres partisanas. Junto a su hermano Vito peleó codo a codo contra los alemanes nazis que arrasaban esa tierra con crueldad infinita. Fusil en mano colgando en bandolera, custodiaba edificios abandonados que servían de refugio y de emboscada.

Vito comandaba otro grupo más radical. Tan astuto y temerario era invisible para el enemigo.

Los hermanos solo se tenían uno al otro desde la niñez, pero Vito traería una nueva vida. Esperaba un hijo. Lucía aun no conocía a la afortunada.

Corría el rumor de que se avecinaba el fin de la ocupación de la ciudad y empezaba a percibirse esperanza en los ánimos.

Se disponían a pasar la última noche de tensa vigilia. Flotaba un aire helado que no era habitual para abril en aquellos lugares. Lucía casi terminaba su turno de guardia cuando vio venir hacia ella un hombre rengueando, ensangrentado, herido, que intentaba decir algo. Lo apuntó con el fusil creyendo que era una trampa y cuando estaba a punto de disparar reconoció la voz de su hermano, deformada por el dolor y la desesperación.

Alcanzó a atajarlo antes que cayera al suelo. Balbuceando y con el último aliento, Vito logró advertirle del grupo enemigo

que se acercaba a pie y diciendo el nombre de “Gina”, murió en sus brazos.

Lucía lo estrujó contra su cuerpo y lloró en silencio, ahogada de dolor y rabia. Le cerró los ojos y lo bendijo.

Apenas pudo reponerse, arrastró el cuerpo de su hermano para ocultarlo y darle luego una cristiana sepultura. Entretanto, sus compañeros, que contemplaban de cerca la escena, comenzaron a preparar una emboscada. Querían justicia o venganza, daba igual.

Encendieron una pequeña fogata en una esquina para distraer al invasor. Se parapetaron en sentido contrario para atacar por la espalda. Era la guerra. Todo valía.

Un breve combate puso fin a la amenaza. Extenuados, aquellos hombres buscaban la muerte. Una ráfaga de proyectiles los arrasó, terminando también con su sufrimiento.

Esa misma mañana Milán era liberada de la ocupación nazi. A partir de aquel día, el único objetivo de Lucía era encontrar a Gina, la mujer que llevaba en su vientre al hijo de su hermano Vito.

A través de otros partisanos supo que se dirigían a Génova con la idea de embarcarse hacia América. Le llevaban semanas de ventaja, pero estaba dispuesta a encontrarlos. En Génova estaba la casa de la familia Lombardo, de la que solo quedaba Lucía.

Tomó la decisión de embarcarse también hacia América, pero vestida de varón. Había oído que era muy difícil conseguir pasaje y trabajo siendo una mujer.

Una semana después, Lucía Lombardo estaba en el puerto. Por la mañana subiría al barco rumbo a un nuevo destino. Se juró a sí misma encontrar a Gina y su hijo. Aunque no se conocieran, la amaba, la necesitaba, era el único contacto con su sangre. Ella había amado también a Vito. Juntas mantendrían viva su memoria.

Horas antes de salir de la casa decidió transformarse. Se miró al espejo. Flaca, huesuda, llena de moretones. Unos pechos demasiado grandes para ese cuerpo. Se los vendó con fuerza. Cortó su pelo con una navaja. Se puso la ropa usada del hermano muerto y la bandolera con su identificación. Aún tenían su olor. Pensó en las veces que habían planeado juntos la vida después de la guerra. Ahora estaba sola.

El clima era templado aquella noche. Comenzó a llover. Apurando el paso, logró protegerse en una antigua construcción sobre el muelle. Alrededor de veinte humanos coincidieron en aquel sitio. Atenta estudió la situación y se propuso no cruzar mirada con el grupo.

Se encomendó a vírgenes y santos, manoteó la navaja que siempre llevaba encima y arrimó su cuerpo al de ellos para no mojarse. Peleó un rato contra el sueño, pero finalmente la venció.

Al escuchar el ruido de la sirena de la embarcación, se despertó sobresaltada. Había cesado la lluvia.

De a poco esa maraña de cuerpos arrinconados se fue desovillando. De manera desordenada comenzaron a embarcar.

Lucía, transformada en Vito Lombardo, temía ser descubierta. Al momento mostró su identificación y gritó su nombre falso.

Al escuchar el nombre de Vito Lombardo, dos hombres que se hallaban adelante a pocos metros, se detuvieron bruscamente. Lucía observó tensión en ellos y temió ser descubierta.

Se abrió paso como pudo entre los otros pasajeros hasta que sintió en sus costillas la punta de un cuchillo que la hizo detener bruscamente. A izquierda y derecha los hermanos Ciro y Lorenzo Torino la escoltaban hacia un sitio apartado.

Caminaron hasta una esquina del barco. Allí la arrojaron contra la pared y con el cuchillo en la garganta la amenazaron de muerte si no confesaba su verdadera identidad.

¿Quién osaba hacerse pasar por su amigo Vito?

Luego de intentar librarse inútilmente de sus captores, Lucía comprendió que la verdad era la única salida y comenzó a hablar. De a poco fue cediendo la presión sobre su cuello. Lorenzo, el más alto de los hermanos, guardó el cuchillo y tomó la mano de Lucía besándola con respeto. Pidiéndole perdón, retrocedió y le dio paso al otro Torino que no era otro que Gina, la mujer de su hermano muerto.

Se miraron largamente y se unieron en un abrazo poderoso. En el medio de las dos, el vientre abultado de Gina cargaba con la esperanza de una nueva vida.

Terapia de escritura

Alejandro Moguilner

El susurro

Si usted es impresionable, es mejor que no siga leyendo a partir de aquí. Ahora, si no lo es (o a pesar de serlo, decide que puede apretar los dientes y aguantar), será mejor que lo haga. Es posible que le ayude en su propia vida. Trataré de ser breve.

Quizás le haya sucedido o no; pero es algo frecuente, lo sé. Hay personas que tienen el don de arruinarnos la vida sin importar lo que hagamos. Se empeñan en ello. Y en esos horribles momentos, algo pasa en nuestro interior.

Soy cirujano. Se supone que somos personas de mente fría, y yo en particular me considero alguien tranquilo. Nunca lastimé a nadie ni pensé en hacer daño a otro. Estudié dos décadas para sanar a los demás y me gustaba hacerlo.

Aquel día la intervención quirúrgica que practicaba se había puesto difícil. Era un doble reemplazo de válvulas cardíacas. “Cirugía a corazón abierto”, como le dicen. El tiempo era crucial. Mis manos dentro del tórax no conseguían detener la hemorragia. Mis dos ayudantes, y yo mismo, estábamos sudando y puteando al mismo tiempo. ¿De dónde venía ese

permanente borbotón de sangre dentro de esa pequeña y apretada cavidad? Si la situación se perpetuaba mucho más, el paciente moriría, todos lo sabíamos.

En ese preciso momento mis arremolinados pensamientos fueron interrumpidos. A mi espalda se escuchó un golpe sobre una mesa metálica y luego un grito.

Era nuestro jefe, quien además de renombrado y soberbio cirujano cardiovascular, era quien nos pagaba el miserable sueldo que percibíamos. Eterno maltratador, estaba otra vez haciendo de las suyas. La humillación hacia sus colegas era su predilección. Parecía disfrutar haciéndolo.

—¿Quién carajo le enseñó a operar a usted? ¡Se ve que no ha sido mi alumno! (siempre me echaba esto en cara). ¡Córrase, inútil! ¡Deje que alguien idóneo salve esta vida y sáquese los guantes de boxeo! (eufemismo utilizado en la jerga para decir que el cirujano es poco hábil con las manos).

Ese día, algo desconocido surgió desde las profundidades de mi ser. Un calor irrefrenable subió hasta mi sien. Un vacío en la boca del estómago. Una suave voz en mi oído me decía: “¡Hoy fue el límite! ¡Basta! ¡No aguantes más!”. Todo mi cuerpo se tensó como un arco a punto de lanzar la flecha y me retiré del papel principal en la operación, dando dos pasos hacia atrás y levantando mis manos, como a quien apuntan con un arma. Como un enajenado en la sala de internados peligrosos, empecé a preparar mi puño derecho para descargarlo contra esa cara despreciable. Retrocedí otro paso y medí al destinatario de mis oscuras intenciones. En

ese instante, el afamado profesor, eminencia de la cirugía cardiovascular, resbaló como en una antigua película muda. Vi todo como proyectado en cámara lenta. Con tan solo un breve movimiento de mi brazo, lo hubiera podido atajar (si hubiera querido). Pero esa misma vocecita en mi oído, rápida como un rayo, me dijo: “¡No! ¡No lo hagas! ¡Dejalo!”. Así que detuve mi mano. El hombre hizo una pirueta en el aire y cayó con un estruendo seco. Se desnucó en el acto. Sus ojos quedaron fijos en el techo.

Sin advertirlo, un hilo rojo, que escapaba sin remedio de nuestro paciente, se había escurrido poco a poco debajo de la mesa de operaciones, alfombrando el piso del quirófano con una espesa capa.

‘Todos quedaron mudos y boquiabiertos de horror.

Nuestro paciente, por supuesto, murió.

Es probable que usted lo haya leído en los diarios porque el hecho tuvo mucha repercusión: “Famoso cardiocirujano resbala en la sangre del operado y muere desnucado en su propio quirófano”. Parecía una broma, pero no lo era. No lo fue. Y menos que menos para mí.

Han pasado años ya. En la actualidad estoy retirado, pero sigo sintiendo el olor de la grasa quemada que produce el electro bisturí. Esto me recuerda quién fui y quien dejé de ser ese día.

Aquel que me molestaba ocasionalmente, el que me pagaba poco y me menospreciaba cada tanto, ahora me visita todas las noches y se burla del tipo en el que me convertí. Un

hombre atormentado por la culpa, uno que ya no duerme. Uno que cruzó una línea prohibida para quien juró sanar al prójimo.

Así que, estimados lectores, si algún día sienten un impulso irrefrenable de castigar a un miserable, de darle su merecido, no recurran a la ira. Ella acecha siempre, agazapada, esperando para apoderarse de nuestra voluntad. Aguarda con paciencia, y dice lo que uno desea escuchar: “Cruzá la línea, dale”. Y después de susurrarte al oído, se va y no vuelve, como si nunca hubiese participado en la faena. No deja huellas. Es un cómplice invisible y uno queda solo con sus acciones. Para mí ya es tarde, para usted, no. Y debe estar prevenido, porque digámoslo con sinceridad, ¿quién no ha querido matar a alguien alguna vez?

Elsa

Los hechos que voy a contar, nunca debieron ocurrir. Sin embargo, ocurrieron y podrían repetirse un día cualquiera de los que están por venir. Para muchos, es un recuerdo trágico que prefieren olvidar. Para otros, un asunto que debía ocultarse de la opinión pública.

En el Departamento de Hemodinamia del Instituto Médico del Sur, la actividad empezaba a las ocho de la mañana. Se pasaba del silencio absoluto a una actividad frenética. Los pacientes ya esperaban en la puerta y Teresa, la secretaria, iba

tramitando su ingreso. Era un sanatorio ubicado en una zona del conurbano bonaerense para gente que había sido de clase media, pero que ahora ya no lo era. Elsa no era la excepción. Su marido y su madre habían fallecido en esa misma institución. Se había quedado sola. Ama de casa toda la vida, ahora vivía de la pensión y de algunos trabajos de costura que hacía para los vecinos. Siguió pagando la obra social del Instituto con mucho esfuerzo, para asegurarse de poder ser atendida en ese mismo lugar cuando fuera el momento. Y ahora era el momento.

El plantel del Departamento estaba formado por médicos hemodinamistas, un anestesiólogo, enfermeras y enfermeros y una secretaria. Allí se hacían muchos procedimientos por día. Estos procedimientos eran mínimamente invasivos, pero se trabajaba en el corazón, y la cornisa por la que se caminaba era angosta.

Patricia, la enfermera, recibió a la primera paciente, Elsa.

—¿Usted es la señora Benítez? ¿Cómo le va? Pase por acá —dijo, indicándole el camino. Le pido que se desvista completamente y se coloque esa bata con la abertura para atrás. Esas pantuflas también. —Elsa recordaba bien a esta amable enfermera. Estaba algo más desmejorada que cuando la conoció.

—Estoy un poco nerviosa, querida. Acá atendieron a mi mamá y a mi marido y el lugar me trae recuerdos amargos —dijo la paciente.

—No se preocupe, Elsa, a nadie le gusta estar acá. Una se

siente vulnerable. Hoy todo va a andar bien, estoy segura. Le recomiendo que haga pis antes de cambiarse, porque acá hace frío y después no va a poder.

—¿Esto duele mucho? ¿Cuánto dura?

—Para nada Elsa, para nada. Es un pequeño pinchacito, con anestesia local, que no duele nada y ya está. Y dura poco en general, ya va a ver.

Elsa pensó que no iba a ver nada. ¿Debería salir corriendo antes de que fuera tarde? No, ya estaba ahí, tenía que ser fuerte y seguir adelante.

—¿Quién vino a acompañarla? Hay que alcanzarle sus cosas porque acá no hay casilleros.

—No, yo soy sola, y de los conocidos nadie pudo acompañarme.

Patricia reflexionó y se dio cuenta de que era lógico que estuviera asustada.

—Bueno, se lo guardo acá bajo su cama. ¿Usted tuvo la entrevista médica previa, donde le explican todo sobre la intervención?

—No querida. Me sentía muy mal, me dolía mucho el pecho y mi cardiólogo insistió en que me hiciera el cateterismo cardíaco lo antes posible, porque tenía riesgo de un infarto. Dijo que no hacía falta, que él me contaría todo. Entonces pedí el turno sin hacer la entrevista.

—Entiendo. Bueno, acá estamos —dijo Patricia.

Elsa se quedó parada mirando a la enfermera, como dudando, con su cartera en una mano y un paquete en la otra.

Patricia la observó con mirada interrogante.

—¿Me quiere decir algo más, Elsa?

—No sabía si estaba bien, me da un poco de vergüenza

—Elsa se sonrojó—. Yo cocino, dicen que bastante bien... Ustedes no paran nunca... Les traje esta torta rellena de dulce de leche con frutos secos, para que desayunen ¿viste, nena? Espero que no sea inadecuado...

—¿Inadecuado? ¡Ya están todos reunidos desayunando! ¡Van a estar encantados! Vamos a estar, se corrigió, con una sonrisa de oreja a oreja.

La paciente no contestó, pero se sintió satisfecha.

—Bueno, Elsa, sigamos adelante, así no nos retrasamos. Mientras usted se cambia, nosotros vamos a desayunar rapidito.

La señora Benítez vio cómo Patricia se iba con el paquete en mano. Hizo todo lo que le dijeron sin perder el tiempo. Se metió en la cama, se tapó y se quedó mirando hacia la puerta semicerrada que daba al office de enfermería, por donde se había ido Patricia. En la sala donde estaba un asqueroso olor a desinfectante flotaba en el aire y le causaba náuseas. Le hacía acordar a la última vez que vio a su marido con vida.

Los primeros sonidos llegaron a los pocos minutos. Un enfermero se asomó de repente por la puerta. La sorprendió. El hombre apoyó primero la mano en el marco y después se dejó caer contra la pared. Se acordaba de él. Héctor, tal vez se llamaba. Sí, Héctor. Era el que salió a hablarle aquel día horrible, para informar, con cara impávida, que su mamá había

sufrido un paro cardíaco durante la intervención y que estaban intentando reanimarla, pero que era difícil que sobreviviera porque era muy viejita. ¡El tipo ni se inmutaba mientras le soltaba las malas nuevas! “¡Pero si vino caminando!”, le gritaba Elsa. No podía ser cierto. Su madre era todo lo que le quedaba. El enfermero se fue y ella se quedó llorando. Después, un médico con menos empatía que Héctor, le dijo que efectivamente su madre había fallecido. Le explicó cosas que Elsa no escuchó, porque solo escuchaba el latido de su corazón en sus oídos. Pero todo eso ya era parte del pasado.

Ahora, ese mismo Héctor tenía la cara descompuesta y estaba de nuevo frente a ella. Aunque la situación era diferente. El hombre empezó a escupir una espuma espesa y blanca, mientras intentaba hablar. Después, la espuma se transformó en sangre que manchaba todo alrededor. Elsa se tapó la cara con las dos manos. Y a los pocos segundos, Héctor cayó al piso con un estruendo. Elsa quedó inmóvil.

Casi al mismo tiempo empezó a escuchar gente gritando y tosiendo en la sala contigua. Patricia y el Dr. Bordón entraron, también en mal estado. Patricia tosía y con cara de pánico miró a Héctor, quieto, pálido, y su sangre por todos lados. Luego, desvió la mirada hacia Elsa, que la observaba tranquila desde su cama. La enfermera, de repente, comprendió todo. Miró al médico y en ese mismo momento, se desplomó en el lugar, casi sobre Héctor.

Elsa sintió una excitación enorme. Todo estaba yendo bien. Comenzó a vestirse. Esos malditos omnipotentes...

El médico dio unos pasos hacia atrás y desapareció de su campo visual, perdiéndose en la sala donde hacía unos minutos todo era camaradería y risas. Se escuchó otro golpe fuerte. “Uno menos”, se dijo Elsa. Su madre y su marido estarían viendo todo desde el cielo. Y estarían satisfechos. Ella no iba a ser la próxima víctima. Nadie más lo sería.

Ya no se escuchaban voces desde el otro cuarto.

Elsa se vistió en un pim-pum-pam y salió con parsimonia del lugar. Saludó al pasar, con un movimiento de cabeza, a las personas que esperaban su turno para los próximos cateterismos. Caminó hacia la calle, con pasos cortos pero rápidos, mirando a todos lados, sintiéndose observada, como si todos supieran.

Ese horrible dolor en el pecho volvió en ese momento. Se obligó a seguir caminando. A las dos cuerdas, ya era insoportable, tuvo que parar y pedir ayuda. Pensó que “en la vida todo vuelve”. Para todos, como en una eterna búsqueda del equilibrio. Ella empujó un poco la rueda para que ese mecanismo funcione mejor.

Elsa fue atendida por un servicio de emergencias en la vía pública. Estaba sufriendo un infarto dijeron los médicos. Rápidamente la llevaron al Instituto Médico del Sur, que era el lugar más cercano. En ese corto camino, Elsa llegó muerta. El médico de guardia que la recibió empezó a darle masajes cardíacos y el resto de las maniobras de resucitación. La pudieron reanimar exitosamente. Como entre sueños, Elsa escuchó que un médico le decía a otro:

—Es un infarto. ¡Hay que llevarla urgente a la sala de Hemodinamia!

—¡Llamo para avisarles! —gritó el otro.

Y llamó. Y llamó. Y llamó. Pero en el Departamento de Hemodinamia del Instituto Médico del Sur no había nadie que pudiera responder el teléfono. Solo se oía el silencio de la muerte, fruto de la ridícula locura a la que te puede llevar la soledad.

A las diez de la mañana, declararon fallecida a Elsa Benítez.

Andrea Fruttero

Stricto sensu

Yo no tenía idea de lo bien que manejaba la escopeta del abuelo Agustín. Abrí de par en par el ropero y ahí estaba, enfundada, a pedir de boca. La solivié y tuve la sensación de que mis manos habían crecido en el instante en que la toqué.

Sobre mi muslo apoyé la parte superior de la culata y coloqué todos los cartuchos que entraron contra la aleta de carga, los que iba empujando y escuchando el clic. Me emocionaba mi facilidad para portar semejante artefacto.

Era madrugada del domingo y todos dormían después de la fiesta del sábado. Un horizonte de bestias ladraba al fondo mientras yo fumaba en la pipa de papá.

Entré a la pieza de mis padres, me apoyé en mis dos piernas y... ¡pam!, ¡Esta bala es para vos, por hijo de puta golpeador! Un buen disparo. El cerebro del gigante se estampó en el respaldo de madera de la cama. Otra carga y otro disparo: ¡Este es para vos, santa madre cómplice hija de puta! Mi madre fue alcanzada por el proyectil justo cuando se despertaba sin entender demasiado. Levantó la mano y no pudo ni siquiera gritar.

“Amarás a Dios sobre todas las cosas. Amarás a padre y madre...” ¿Y quién me amará a mí?

Ella, ganadora de todas las olimpiadas morales. Adoradora del Dios todo misericordioso... Y de un tiro también volé el cuadrado de mi primera comunión.

Retrocedí a nuestro dormitorio. Tina y Nela dormían pesadamente.

Me estaba meando otra vez y volví a rogar a Dios unos minutos más. Un disparo para mi hermana Tina, por mala gente estúpida y engreída. La comedora de hostias. Y otro disparo a la menor Nela, por bruta, insoportable y orgullosa.

Seguí disparando algunos tiros más. Estaba toda meada, tenía sarampión y cuarenta y dos grados de fiebre.

Tan sola, tan baldía en esa cama desnuda.

Fovame*

La casa en que viví desde que nací y hasta los dieciocho años, estaba lejos de ser un cálido hogar para tres niñas: Tina, Nela y yo.

Ocho cuartos de dimensiones descomunales, de ventanas altas con claraboyas, y dos puertas por cada habitación. Cocina de campo, rústica y grande. Patios atravesados de malas hierbas y plantas de las otras; baños y cuartos ciegos continuaban en la manzana con una fábrica atrás.

El salón, donde en otros tiempos se hacían bailes y se servían licores, con mobiliario lúgubre y fastidioso. Muchos libros, cuadros, y un sótano con tapa de madera que hacía

juego con el añoso piso calcáreo. La imagen dominante del Sagrado Corazón de Jesús (éramos todos culpables a los ojos de Él), con el latido en la mano derecha chorreante de sangre, se acomodaba en la pared. Se respiraba una atmósfera de dolor y phobos**.

Aún era posible percibir cierta actividad de aquellos gauchos peones de campo, junto a los otros sombríos machos, desenvainando cuchillos. Algún borracho loco dando vueltas en la sala crujiente y umbrosa. Si era posible contener la respiración y cancelar todo movimiento, yo sentía las voces amortiguadas, como si los escuchara con algodón en mis orejas.

Era la época en que había decidido afeitarme la enorme cantidad de pelos negros que proliferaba en mis largas piernas desnutridas.

En la cocina la pieza más destacada era un Crucificado de tamaño natural con los ojos hacia arriba, la boca torcida y la corona de espinas goteando sangre. Qué inspiración tenían aquellas piezas de cristos moribundos para que me convirtieran en “una nena buena, calladita, quieta”, como decía la abuela Mercedes.

Techos por donde la lluvia dominaba la casa toda. Mínimas rajaduras en los muros iban abriéndose como el salto de un hilo en la trama; Ciento cincuenta años, que iban ganando la partida.

Allí sigue viviendo el lado más oscuro de mi infancia.

La zona que jamás he revelado a nadie. El colchón de

agudas puntas en que descansaba cada noche.

El terror que me acompañó toda mi niñez. Miedo de mearme, miedo de que me encuentre, miedo al cinto. Pánico al monstruo: mi padre, “el Indio”, como le decían. Medía casi dos metros, enormes ojos, casi calvo, egoísta y castigador.

No era el único.

Mi madre, Enora, vivía gritándome: “¡Hija del demonio! ¡Estás poseída! ¡Llaman a un exorcista!”.

Había algo equivocado en su reclamo: si yo estaba poseída ¿por qué no hacían algo los mayores? Como fuera, yo me creía un elemento maligno, y actuaba en consecuencia.

Ella me miraba de lejos, como una pieza única que no tenía raíz ni génesis. Como si yo nunca hubiera estado en su útero.

¿Por qué a mí?, ¿por qué era objeto de tanto odio?

Antes me soñaba en la vieja casona, despierta, atrapada. Recurría a dosis multiplicadas de pastillas. Ya no ocurre. Los años y las recurrentes terapias han hecho de mí ésta que soy ahora, sin balcones ni cianuros.

Me place imaginarme al enorme monstruo carcomido por los años; atrapado en su cofre de sepulcro, sin el cinto, en plenos huesos intentando, obstinadamente, golpearme.

* *Fovame*: Expresión griega que significa “yo tuve miedo”.

** *Phobos*: personificación del temor y horror.

Camila Alonso Avellaneda

Besos de otoño

Es olor a mandarinas, a risas bajo el sol de la siesta; compré una historia sin final; me enredé con el aire que siempre me hacés sentir, que limpia mis pulmones y fantasmas pero cala despacito en mi piel desabrigada, es que este sol siempre engaña.

Es el café caliente cuando mis tobillos buscan refugio, y un abrazo para el silencio que pide a gritos el salto al vacío.

Son las canciones que suenan distinto; el lenguaje se lee en claves de amor, como todo en esta estación. Es mi mundo invadido de letras que se repiten cada año; la misma imagen en mi cabeza indica que el otoño comenzó.

Alguna vez escuché que la falta de luz modifica los pigmentos más importantes de las hojas; quizá no elegimos transformarnos, solo los días son más cortos y los recuerdos más intensos. Guardo siempre los pañuelos en la cartera. Es que las emociones también cambian de color.

Cuento hasta cien

Un cuarto habitado de imágenes; algunos rayos del sol apenas

reflejándose en la madera vieja rajada, marcas del pasado. El polvo en la ventana borra la vista de ese barrio habitado de pelotas en la calle, risas entre juegos, escondites de complicidad y la búsqueda de un rincón para protegernos del mundo.

Los armarios tienen cadenas aferradas a la tierra. Su peso me arrastra al sentir más guardado y profundo que cobija mi alma; los cajones no abren ni cierran, los recuerdos están intactos.

El pasado fue un hermoso descanso para no habitar este mundo. No hay más lugar ni motivos para conservar los bloques del ayer. El sueño se rompió. El frío hace crujir esas paredes que combinan con el color de las maderas. Tu nombre quedó grabado con mi crayón favorito.

Voy a hacer espacio en esta habitación. Cuento hasta cien y empiezo la búsqueda de nuevo, como cuando ese juego hacía brillar mi sonrisa. ¿Dónde estás? La noche me corre. Cuento hasta cien y no te encuentro. Encontraste algún escondite seguro. Estornudo por el polvo, siento las lágrimas que deslizan y crujen y se van. Te fuiste. En nuestro refugio ya no hay nadie.

Dos minutos más

El espejo se rompió. Los fantasmas se desvanecieron. El efecto de los ojos dormidos se apagó tan rápidamente que ni siquiera recuerdo tu voz. Esta realidad me aturde, me

mantiene entera, me entierra. Solo necesito más telas para que la luz no me encandile; entonces voy a construir capas y más capas, ladrillos macizos para que tu piel no traspase.

Solo necesitábamos dos minutos más para salvarnos; nuestros ojos podían viajar hacia esas noches estrelladas, a las lunas de sangre. Las palabras que no dijiste se escribieron solas en este cuerpo. Mis ondas enredaron nuestros sueños de un posible lugar mejor. El amanecer nos enciende, nos despierta. Las hojas buscan el sol. El aire helado se lleva este dolor.

¿Te quedarás conmigo dos minutos más? Afuera hace frío. No quiero pisar la ciudad y olvidar este calor para siempre.

Monstruos

¿Cuándo fue la última vez que lo vio? Ayer a la noche. ¿Puede decir aproximadamente en qué fecha nació? Sí, por supuesto. 1995. ¿Cómo se viste? ¿Qué características tiene? Si las mencionara podrían confundirse con las de un ser humano, pero el cuerpo se deforma a medida que pasan los años. Su deformación se debe al contexto del que se alimenta.

¿Y de qué se alimenta? Principalmente de las frustraciones; del vacío profundo donde las voces no penetran, en el vuelo alto sin fronteras, el infinito. De la soledad que no permite las rupturas mínimas de la piel. Del tiempo perdido en la velocidad de la corriente.

¿Cuál fue el mayor crimen que cometió? Me asesinó.

¿A usted? Mis facetas. Y con la peor de las prácticas. Hasta que no sangra, no duele, no grita y no pide auxilio, no frena. Y con las pérdidas, ¿Qué hago? ¿Cómo revivo lo que perdí? ¿Cómo se recupera la vida?

¿Cómo desaparece? Con los psicofármacos, el paso del tiempo, la historia que quiero vivir. No desaparece. Compartimos la sangre, convivimos en el cuerpo.

¿Le tiene miedo? Ya no. Solo yo quiero desvanecerme.

Ernesto Szeftel

Mi vida en haikus

Descubrir el haiku resultó una experiencia fascinante. Milenario género poético japonés que, en un pequeño bloque de palabras, intenta representar un momento de la forma más sencilla y sutil.

Esto me animó a convertir esos bloques en eslabones de una cadena, y plasmar los últimos tres años de mi vida en una sucesión de haikus, en los que expreso instantes o sentimientos significativos que dejaron y dejarán huellas en mi historia.

La muerte feroz
a nuestra puesta llamó.
Espectral sombra

Tomó su mano.
Sin vacilar la llevó.
Cruel arrebato.

Lloré en rincones.
Golpeé las paredes.
Insultos a Dios.

Sollozo mudo.
Con la vista en el cielo.
Puño apretado.

Prímulas en flor.
Los recuerdos me invaden.
Heridas quedan.

Curar el alma.
Deseada sanación.
Persiste dolor.

Varios octubres
elaborando el duelo.
Cicatricización.

Decidí pintar.
Cambié odio por pinceles.
Bella terapia.

Cierro los ojos.
Pintura terminada.
Plasmada emoción.

Cuanto más pinto
mayor levedad siento.
Alma ingrávida.

Mezclar colores
como los sentimientos.
La vida misma.

Sentir de nuevo.
Mientras escribo, gozo.
Profundo hallazgo.

Las emociones
en un mar de palabras
serán expresión.

Un orgullo en flor
con divinos retoños,
la paternidad.

Seres sensibles
con libres pensamientos.
Volando solos.

Surcar los cielos
con alas desplegadas.
Emancipación.

Verlos crecidos.
Me siento embelesado.
Cálidas almas.

Como begonia
se presentó mi nieta.
Éxtasis de amor.

Pequeña niña.
Felicidad de abuelo.
Brazos abiertos.

Feliz recibo.
Rebrote de un retoño.
Ansias de verte.

Luego de nacer,
lágrimas se escurrieron.
Hermosa emoción.

Ella no estará.
Ausencia de ese abrazo.
Hiel del recuerdo.

Sus genes están.
Nuestra nieta los tiene.
Amor presente.

El tiempo pasó.
Mil cicatrices cerré.
Nuevo comenzar.

Me siento amado.
Verdadero renacer.
Percibo sanar.

Hermoso sentir.
Caricias olvidadas.
Tímido pudor.

Enamorarse.
Sentimiento arrumbado.
Volver a expresar.

No siento temor
por mostrarme dichoso.
Pleno alborozo.

Percibir amor.
estremece sentido,
alegra el alma.

Dejarse llevar.
Desde el amor expresar
sin titubear.

Los años pasan.
Ensoñación latente.
Envuelto en tiempo.

Setirme vivo.
Inspiración del amar.
Concreción del ser.

Me siento íntegro
Transitando el camino.
Hermosa vejez.

Me encuentro feliz.
Elijo mi albedrío.
Finalmente soy.

Haikus de otoño

Otoño: bella estación del año a la que encuentro extasiante y poética

El viento sopla
desnudando sin pudor
tallos mecidos.

Melancólico.
Son las hojas teñidas.
Brutal expresión.

Frescura otoñal.
El amor prevalece.
Disfrute sensual.

Parque marrón.
Extasiado medito.
Sentado, gozo.

Mutó el paisaje.
Pereciendo el verde.
El sol se entibió.

Gélido jardín.
Las hojas se descuelgan.
Ocres sembrados.

Las hojas caen.
El corazón estalla.
Alma contempla.

La hojarasca.
Despojos de lo que fue.
Juego con mis pies.

Follaje muerto.
Anhelo por renacer.
Momento hermoso.

Las hojas danzan.
Caprichosa diversión.
Viento atrevido.

Pardo pasional.
La belleza absoluta.
Ramas desnudas.

Lucha del color.
Amarillentas hojas.
Entorno frío.

Lo frenético.
El danzar de las hojas.
Disfrute visual.

Cielo nuboso.
Delgadez provocada.
Árbol desnudo.

Transfusión

Era una hermosa tarde de sol. Luego de dar varias vueltas en el living del departamento, notándome nervioso, irritado, de muy mal humor, decidí salir a caminar.

Caminé por bastante tiempo sin advertir que me encontraba en la Avenida Corrientes, de la cual vivo a más de quince cuadras. Tampoco tenía conciencia del tiempo transcurrido. Sí de que había caminado muy lentamente, ensimismado.

Luego de pasar la calle Junín, a mitad de cuadra, divisé un cartel en la vereda de enfrente que me llamó la atención. Sentí la imperiosa necesidad de cruzar e ingresar en aquel edificio.

Una vez en el amplio hall central, sin saber a dónde ir, recurrí a una señora que pasaba a paso vivo, a pocos metros míos. Tenía carpetas bajo un brazo y dos libros en la otra mano. Elevando un poco la voz para llamar su atención, le dije: “¿Disculpe?”

Inmediatamente detuvo su marcha y mostrando una agradable sonrisa me preguntó: “¿En qué puedo ayudarlo?”. Le respondí que buscaba un profesional del área literaria; se mostró pensativa por unos segundos, para luego indicarme que aguardara en donde me encontraba. Cambió la dirección en la que se dirigía para ingresar por una puerta lateral, a lo que parecía ser una oficina. Al rato, salió retomando el curso y el ritmo que llevaba cuando la intercepté, no sin antes prevenirme que enseguida sería atendido. Deslizó un: “¡Buenas tardes!”, desapareciendo por una escalera.

A los pocos minutos de aquella misma puerta lateral se asomó una cabeza, seguida de una mano que con un gesto me indicaba que fuese hacia allí. Una vez dentro de ese espacio, con otro ademán me ofreció asiento; obedecí.

Hasta entonces no habían mediado palabras, primaban las

señas. Frente a mí tenía a un señor de cincuenta años o más, que me observaba con curiosidad, de arriba abajo, meneando la cabeza, que de pronto lanzó un: “¿Qué puedo hacer por usted?”

—Le parecerá extraño lo que le diré, pero vengo a transfundirme —me animé a expresar.

La cara de ese hombre cambió de repente. Se transformó, entrecerrando los ojos y frunciendo el ceño, típicos signos de incompreensión.

—Estoy aprendiendo a escribir —me apresuré en decir, antes que él recurriera otra vez a la gestualidad para indicarme la puerta de salida—. Acudo a usted, porque tengo serios problemas de puntuación que imperiosamente necesito resolver. La única manera que se me ocurrió para solucionarlo con rapidez, es hacerme una transfusión de esos conocimientos.

A partir de entender mi insólito pedido, mucho más relajado y como actuando en complicidad, me dijo:

—Le parecerá extraño lo que le confiaré, pero no es la primera vez que me solicitan algo similar, y la verdad es que ya lo he hecho con anterioridad. Sólo me atrevo con personas que manifiestan esa necesidad, pero con las mismas ganas de aprender que usted demuestra.

Continuó indicando que me arremangara la camisa, pasando a explicarme el procedimiento al que me sometería.

—Le colocaré una sonda, inicialmente de poco diámetro, por la que le incorporaré alguno de los catorce signos de

puntuación, perfectamente seleccionados. En primer lugar, los más fáciles: punto seguido, punto y aparte, puntos suspensivos. Estos últimos, dijo con cierto entusiasmo, le producirán un cosquilleo cuando pasen, pero al mismo tiempo me advirtió que están cayendo en desuso. —A pesar de ello, debe contar con algunos, ¡no pueden faltar! —enfaticó, y con una sonrisa agregó: “¡A mí, particularmente me gustan mucho!”. Con la misma sonda —siguió relatando— introduciré los guiones y rayas, junto con los de admiración, las comas, las comillas y los dos puntos, pero a estos los pasaré acostados —aclaró—. Luego, cambiaré la vía para administrarle los asteriscos (que raspan un poco), paréntesis y apóstrofes. Para finalizar, con la tercera sonda, la de mayor diámetro, irán el párrafo, que no sé para qué se usa, pero alguno le pondré, pa’que tenga... ¿vió? —dijo riendo descontracturado y entrado en confianza—, para finalmente pasarle los de interrogación, que cuentan con esa forma caprichosa que los hace más difíciles, y siempre tienden a atascarse...

Después de casi una hora, finalizó con el procedimiento y cuidadosamente quitó la vía, diciéndome:

“Bueno amigo, ya tiene todo lo necesario cargado e incorporado en su sangre de escritor y poeta, espero que los pueda usar correctamente”.

Manifestó que había sido un placer haberme ayudado. Que de ahora en más dependía de mí y, con una palmadita en el hombro, me dejó partir. Tenía ganas de darle un abrazo, pero me pareció inapropiado.

Salí a la calle satisfecho, sintiéndome feliz con la experiencia vivida. Tuve deseos de llegar rápido a casa para empezar a aplicar todo lo incorporado. Pero primero, quise leer nuevamente el cartel que figuraba en el frente del edificio: “Centro Cultural Ricardo Rojas”.

De inmediato comprendí que había estado en el lugar indicado.

Fabián Llanos

Caprichosa

Me llaman caprichosa. Soy de todos, y de nadie a la vez; no tengo idioma ni religión; no tengo raza ni ideología política. Pero tengo poder, carisma, mucha influencia.

Los dirigentes hacen negocios en mi nombre, pero no soy tonta. Estoy por encima de esos nombres, eterna y brillante. Ellos, olvidados.

Conozco todos los lugares del mundo. Tengo calle y potrero. Me encanta andar por los patios de tierra de los barrios más humildes y así, rodando, cerca de fin de año me voy de paseo a Qatar.

Desde que nací anduve mucho. Tanto que una tarde fui cómplice de ese abrazo del alma entre Fillol y ese chico desbordado por la emoción en la final de 1978.

Sé de abandonos, sí claro. Aunque también reconozco los pies más sensibles del planeta, esos de jugadores que marcan épocas y perduran en la memoria de los hinchas. Yo no les reclamo nada.

También me enamoré; fuerte me enamoré de ese chico de Villa Fiorito. Eso fue amor a primera vista. El Diego, mi compañero del alma.

Él me respondía con caricias y besos sentidos, con picardías futboleras y risas cómplices.

¿Caprichosa yo?

Y sí, entro cuando quiero al arco; me gustan los mimos; no soporto la brusquedad, me voy lejos de allí. Qué me van a hablar de amor, de abrazos y alegrías. De los chicos corriendo conmigo.

Siempre dispuesta y maestra de un arte universal, estoy en todas las canchas invitando a disfrutar de un juego sublime y simple. Sin barreras, sin odios ni enemistades. Siendo canción fervorosa, gracia y estilo.

Caprichosa, sin dudas, y bien orgullosa.

Himno en otoño

Se arribaba el día de la Patria. En la Docta se daba una mañana otoñal, fría para mi gusto.

Es de entender: yo soy chaqueño y estoy más acostumbrado a los calores.

El sol estaba medio tímido de aparecer.

O quizás el tipo se escondía entre las nubes para que no lo descubran emocionado. Emocionado de verte con la bandera argentina.

Unos días antes, miré tu cuaderno de comunicaciones, ese en el que las señas del jardín nos dicen qué cosas van a hacer.

Para ser sincero, no lo miro nunca, pero ese día algo me empujaba a hacerlo.

Lo abrí lentamente. Hojeé hasta llegar a la última notita.

Y ahí me caí de culo al mismo momento en que leí lo que decía.

Vas al cuadro de honor. Ya tan chiquito. Destacaban tu modo empático con los otros, tu respetuosidad, solidaridad, tu alegría y trabajo responsable.

Para reconocerte todo eso, te eligieron como abanderado.

¡Qué orgullo sentí por vos, hijo!

Se me vinieron a la cabeza mil cosas: el momento en que naciste; nuestros juegos; las luchitas en la cama, en el sofá; cómo te abrazan tus amiguitos cuando llegás al aula.

¿Sabés qué? Te lo merecés y esa bandera te merece.

Esa mañana del acto, en el patio del jardín, las hojas secas se pusieron de acuerdo para hacerte un camino de alfombra amarillo.

Estaban ahí los chicos, sus papás, mamás, las seños y los profes,

Sonó el himno: “Oíd mortales, el grito sagrado”.

Ese sol otoñal salió de su escondite y brilló cada vez más, cuanto te vio llevar bien alto la bandera.

Tu mirada angelical acarició las voces de tus compañeros.

Yo quería sacarte una foto y sentía ese himno en otoño recorrerme las venas.

Las manos y las patas me temblaban; el viento envolvía mi cara, tanto que me caían los mocos de verte ahí hacerte grande.

Ese viento que llevaba las notas del himno por los cielos, me susurró al oído: “¡Qué bárbaro ese pendejito! Viene

creciendo lindo... ¡Te felicito!”

Mi sonrisa se hizo bien marcada y con la mirada achinada, respondí: “¡Gracias! Es todo mérito de él.”

Perceptibles

En señales imperceptibles.

Así nos descubrimos en la inhóspita pandemia.

Al entender que la vida no es lineal,

nos pensamos en sueños renovados.

Puentes imaginarios construimos con mensajes,

en momentos donde estaba prohibido hasta jugar en una plaza.

No fue casualidad, quizá un guiño del destino.

En medio de tanta confusión, desesperanza y apatía, aceleramos,

y la sonrisa se hizo dueña de tu rostro.

No pude ver el mío. Aunque me reflejé en tus ojos y sentí mi mirada brillar.

Perceptibles, nuestras almas en alquimia,
sincronizaron universos paralelos.

Hugo D. Goldin

Guapo

Mi nieta mexicana me pidió que le mande una foto. Busqué en el celular y elegí la mejor. “¡Ay pero qué guapo estás, abuelito!”, me contestó al segundo con todos los signos de admiración. Ella cree que su abuelo es guapo. Es la primera vez que alguien me dice guapo.

“Lindo, ¿podés ir al chino, que faltan algunas cosas?”. Mi mujer me deja una lista al costado de la mesa y me abraza por la espalda. Camino al super, pienso que decirme “lindo” es la llave para que yo haga cualquier cosa.

Guapo y lindo. Opiniones subjetivas que alimentan mi autoestima, que me hacen sentir bien y que me gustaría incluirlas en la difícil tarea de escribir mi autorretrato. Reitero, escribir un autorretrato a lo Van Gogh, pero con letras. Para hacerlo, primero, me tomé una selfie. Este telefonito no tiene secretos para mí. Puedo mandar fotos y también tomar una selfie. Nada de recursos fáciles como el espejo.

Miro atentamente. Hay una diferencia entre lo que veo y lo que siento. Una distancia de aproximadamente diez años. Es decir, el señor del celular tiene diez años más de lo que creo y siento. Corro a buscar mi DNI. Por las dudas paso y

me miro con atención en el espejo grande. Lo mismo, joder. Casualmente, la fecha de nacimiento del documento coincide con la imagen del señor de la selfie. La foto del DNI es una porquería. Parece que no hay diferencias. Entonces tengo la edad que tengo y la realidad indica que soy el mismo que la selfie y el espejo denuncian en este tiempo, en este lugar y con todos estos años. ¡Qué sorpresa! No era lo que yo creía.

Mi pelo y los bigotes son blancos. Dos ojos, nariz y orejas grandes. En fin, cada cosa en su lugar, nada en especial. Soy igual a todos.

Lo singular de cada uno pasa por la sonrisa, los gestos cómplices, las miradas furtivas y los besos imprevistos.

La imagen es solo una parte de lo que somos. Somos, además, lo que vemos, lo que sentimos y lo que nos dicen. Y hoy mi mujer dijo que soy lindo, y mi nieta dijo que soy guapo.

Minutos contados

Es por orden de llegada ¿Y qué hora es la más conveniente? Tengo los minutos contados. A las diez generalmente no hay nadie. ¿Su apellido? Penchacovitzky. Señor Penca, traiga el DNI. Penchacovitzky, le digo. No tengo que hacer ayuno. Vida normal ¿Que si pienso repetir cada frase que me va diciendo? Es una forma de recordar todo correctamente. Cortó.

A las diez en punto, leo el cartel: “Saque número y preséntese en Recepción”.

DNI por favor. ¡Ah! ¿Usted es el repetitivo de los minutos contados? No contesto ¿Su apellido? Penchacovitzky. Ajá. La foto del documento es un desastre, me dice. Ya sé, pero mi nieta me dice que soy guapo. Ya sabe cómo son los chicos cuando quieren algo. ¿Cómo? Llene este formulario. Tiene dos personas antes. Será llamado por su nombre. Todo rapidito, sin pausa y sin respirar. Estampo mi firma al final del tedioso múltiple choice. La señora mayor que me precede, me empieza a contar las enfermedades de su marido, que lo operan de la próstata, pero que como tiene mal el corazón y además es diabético y corre mucho riesgo y que para colmo es alérgico a los antibióticos. ¿Y además tiene caspa?, le iba a preguntar pero justo la llaman al consultorio.

Vuelve a los cinco minutos. Me dice no sé qué cosa de su esposo que es pelado y en ese momento, por suerte, me invitan a pasar al gabinete dos.

Señor Penca. Penchacovitzky, digo. Le vamos a tomar una muestra. Descubra el brazo derecho. ¿Y con el mismo pinchazo me sacan sangre? No, es para evaluar si puede donar. ¿Dos pinchazos? Sí, pero no duele nada. ¿Está segura de que no duele nada? ¿Y si me deja evaluar a mí? ¡Ay, Carajo! Duele. Usted no tiene piedad. Miro para otro lado mientras me pregunta si soy el señor repetitivo de los minutos contados. Dos pinchazos, le contesto. Listo, espere a ser llamado. Lo imaginé. Mientras me ponía una cinta hipoalérgica con un

pedacito de algodón empapado en alcohol en el hueco que me hizo en el brazo.

Señor Penca, pase al consultorio general. Penchacovitzky, señorita ¿Qué me van a hacer? Le van a sacar sangre. ¡Ah! me van a sacar sangre.

Cama ocho. No miro a los otros mártires de las otras camas. La enfermera me pregunta lo mismo que contesté en el formulario. Todo que no. Descubra su brazo izquierdo y se va a preparar una enorme bolsa y la aguja. Lo veo muy pálido, ¿se siente bien? Es que soy un blanquito descendiente de rusos ucranianos. Un toque de geopolítica para ver qué responde. Nada, y me estruja el antebrazo con una goma. Abra y cierre el puño. No encuentro la vena. ¿Creerá que mi vena es tarada? ¡Obvio que se va a esconder! Trae otra aguja y me la ensarta como un pollo al spiedo. Arde, carajo, y no digo ni “mu”. Un poco de orgullo. Doy vuelta la cara para que no note mi mueca de dolor. Escondo la lágrima que se me escapa del ojo derecho.

Va a mi otro brazo. Ya no necesita la cinta y de un maldito tirón me depila al grito de la puta madre. “¡Relájese!”, ordena, y señala algo con su dedo índice. ¿Pulso el botón verde de relajación? ¿Pienso en un mar calmo y sereno, con ovejitas saltando y pescaditos de colores? De la otra punta de la sala me grita si soy el señor Penca que tiene los minutos contados. Otra vez. Todos los héroes anónimos de las otras camas me miran. Termina. Saca la aguja. Me pone otra cinta hipoalergénica con

algodón empapado en alcohol. Se lleva la bolsa llena con mi sangre. Me dejó vacío y seco como una pasa de uva. Pase al comedor a desayunar.

Me recibe otra enfermera con cara de rottweiler cansada de tanto lidiar con gente como yo. ¿Café o té? Café. Hay dos medialunas por persona. No puede comer más, tienen que alcanzar para todos y no haga como otros que no se sabe si vienen a donar sangre o a desayunar. ¿Usted es el señor...? Penca, le digo, ya está. Tomo el café medio frío, y por último me sugiere que no haga fuerza con los brazos durante veinticuatro horas.

Salgo. Respiro un poco de aire fresco, camino unas cuadras, el café me dio acidez y me repiten las medialunas.

¡Lindo! (Seguro que mi mujer quiere que haga algo) ¿Podés poner la mesa para la cena? Lo sabía. Estuviste todo el día tirado en la cama como un enfermo. Aclaro que la profesional de la salud me ordenó no hacer fuerza con ninguno de los dos brazos por veinticuatro horas y recién llevo once horas y diez minutos y que no sé si las heridas cicatrizaron aún. ¿Te sacaste la curita? Es una cinta hipoalergénica, corrijo, y no me la saqué, prefiero que madure y se caiga sola.

Julieta Penedo

Ya nada será igual

Es 20 de junio de 1976. Las once de la mañana. Parece un día como cualquier otro en Buenos Aires. Camino con mi mamá por un barrio desconocido. Estamos yendo a una reunión. Mamá parece preocupada, yo voy imaginando el cucurucho que me voy a tomar después. Ese fue el precio que puse por acompañarla. Hasta el día de hoy soy fanática del helado de menta granizada y chocolate. Aceleramos el paso. Voy casi volando, sostenida por la mano de mamá, que me agarra fuerte. Doblamos por la calle Almafuerce y aparecen cuatro autos que frenan de golpe. El ruido nos paraliza. Bajan hombres armados, algunos uniformados, otros de civil. Corren. Gritan. No entiendo qué pasa. Ella sí. Me arrancan de sus brazos. Mamá sólo me pide que no pare de repetir mi nombre y apellido. Un sonido desconocido me hace estremecer, años después entenderé que eran disparos de armas de fuego. Nos obligan a subir a uno de los autos. Nos ponen una bolsa de tela en la cabeza y con fuerza nos empujan hacia abajo. Siento que me ahogo. Huele feo. Como a trapo sucio. Minutos más tarde llegamos a destino. Nos bajan bruscamente del auto. Seguimos con la cabeza tapada. Nos separan. Me llevan a una especie de sótano donde hay otras mujeres y otros niños, pero

mi mamá no está. Tengo miedo, pero no lloro. Me dan de comer; no me cambian la ropa. Puedo ir al baño solo cuando ellos lo deciden. Se escuchan gritos y llantos, a veces risas. Madres, mujeres embarazadas, todas ellas me brindan su ayuda a mi llegada. Desarraigo. Incertidumbre. El amor de esas madres es lo único que puede menguar el dolor. No sé sabe cuánto tiempo estuve ahí. Pudo haber sido un par de días o unas cuantas semanas.

Abandono

Me separan de esas madres que me adoptaron por un tiempo. Otra vez me ponen la capucha sucia y fea en la cabeza. Esta vez me suben a un auto sola. No sé dónde está mi mamá. Pasan las horas, siento que estamos dando la vuelta a la manzana. Me dejan en una plaza, con un cartel con mi nombre y apellido y un número de teléfono. Qué irónico, la plaza, el lugar donde los niños juegan y se divierten. Donde muestran sus hazañas en lo alto del tobogán o en la hamaca, siempre frente a una mirada protectora y maternal. Yo estaba ahí sola. Me quedé sentada en un banco. Se me acercaron unos policías, otra vez uniformes. Respondo tímidamente un par de preguntas que no recuerdo bien. No me tratan con simpatía. Los hijos de subversivos no éramos bien vistos en esos tiempos. Me suben otra vez a un auto. Llegamos a una comisaría. Pasaré allí la noche. Tengo apenas cuatro años.

Desamor

Mi tío Ricardo logra sacarme de esa comisaría fría y vieja. Desde ese momento paso a formar parte de una familia que me es totalmente ajena. No me gusta. Tengo una nueva vida, como si nada hubiese pasado. Estoy viviendo en un paréntesis. Juego con mis primos. Nadie me explica nada. Mi tío grita, está nervioso. Por momentos siento que nadie me ve. Cuando me voy a dormir, cierran la puerta del cuarto que queda totalmente a oscuras. Tengo mucho miedo. Veo monstruos por todos lados. Extraño a mi mamá.

Exilio

Semanas más tarde un amigo de la familia logra cruzarme a Uruguay de forma clandestina. Allí me esperan mi papá y Elena. Allí también todos tratan de vivir como si nada hubiese pasado. Me dicen, con cierta inseguridad, que nunca más voy a ver a mi mamá. La mente es sabia, bloqueo automáticamente todos los recuerdos. Mi historia se reconstruye a partir de elipsis. Luego de un tiempo, finalmente llegamos a España. Es allí, donde por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy recuperando algo de mi niñez. Pero no soy la misma que caminaba con su mamá pensando en su helado. Esa niña nunca más volvería. Hago nuevos amigos. Vuelvo a ir a la escuela.

Estoy por convertirme en hermana mayor. Nuevamente tengo una familia. Me siento querida.

Rompecabezas

Hasta el día de hoy sigo intentando entender. Voy reconstruyendo cada momento de mi historia. No creo en los finales felices. Sólo sé que estuve ahí. Esa mañana del '76 cambió mi vida para siempre. Como cambió la vida de muchas otras personas. Mi papá tiene una frase que le encanta: "Sucede lo que conviene". No sé si es así. Lo único que sé es que sucedió. Si fue conveniente, aún no pude descifrarlo.

Luis A. Pezzi

¿Señales?

Como en un ritual, Gloria y su hijo Carlos cenán mirando las noticias. De pronto se corta la transmisión. Enseguida vuelve, pero desde otro lugar. Un breve paneo los sumerge en un lugar lleno de gente con cámaras de TV. Se puede ver un atril con la palabra “NASA”. Un funcionario está leyendo un informe:

—Nuestros telescopios en órbita alrededor del planeta nos envían datos de una enorme explosión en los límites de nuestra galaxia, la Vía Láctea. Hemos alineado todos los satélites hacia ese lugar para conseguir más datos. Les pedimos calma en lo que hagan.

—¿Escuchaste, Carlos? —pregunta Gloria.

—Sí, igual parece que mucho no podemos hacer.

—¡Dios mío! ¿Qué nos irá a pasar?

A continuación, la transmisión se traslada al Vaticano, que en un comunicado pide a los creyentes que recen para invocar ayuda celestial y evitar catástrofes como las previstas en el Apocalipsis.

—Dios nos va a ayudar, no nos va a fallar. Me voy a la Iglesia, ¿me acompañás?

—¿Para qué?

—¡Para rezar! ¿Vos qué vas a hacer?

—Llamo a mis compañeros de la Asociación a ver qué noticias tienen.

—Ahí no son de rezar, ¿no?

Desde la Asociación Amigos de la Astronomía de Parque Centenario le confirman todo. Quienes quieran hacer avistajes por la noche, deberán sacar turno. Carlos ahora no quiere mirar ese cielo que tanto lo maravilla.

Escucha gritos desde la calle. Un ambiente de tensión va cubriendo todo.

Gloria regresa y pregunta:

—¿Y? ¿Qué te dijeron tus compañeros?

—Que no saben qué puede pasar.

Gloria lo mira de reojo. Siempre se mofó de ella. Que Dios no existe y otras pavadas. Encima no hace nada. ¡Si por lo menos rezara para ayudar!

—Escuchame, mamá. ¿No querés ir a visitar a tu hermana en el Sur? ¡Seguro que las luces se van a ver mejor que acá!

—Bueno, la llamo. Espero que Emma no se asuste.

—Mejor no le digas nada de todo esto.

Al rato, Gloria confirma que los esperan.

—¿Salimos mañana? Parece que hay mucha gente en las rutas.

Antes del amanecer, Carlos y Gloria parten. Llevan abrigo, mantas y binoculares. Carlos se rehúsa a llevar el telescopio que siempre lo acompaña. Al mediodía se comunican con Emma, quien parece no estar al tanto de nada. Ella vive en un

pueblo cerca de Río Grande y atiende una parada de micros. Les dice que hace dos semanas las visitas están mermando. Ayer no llegó nadie. Cuando llegan se abrazan tratando de compensar el tiempo sin verse.

Por la noche, Carlos saca los binoculares. Emma le pregunta por el telescopio. Carlos no contesta. La siguiente noche Emma le pregunta por qué Gloria reza tanto.

Entonces, Carlos le explica todo lo que sabe. Emma se transfigura y le reprocha que no le hayan dicho nada. Busca a Gloria, quien, al no tener respuesta, la abraza largamente.

Por la mañana, Carlos las llama:

—¡Tengo una muy buena noticia! Los de la Asociación me dicen que todo se debe a una Supernova... Ellas se quedan mirándolo. Con una sonrisa nerviosa les explica: “Se trata de una estrella como nuestro Sol, que cuando muere puede explotar. Eso es lo que pasó. Todo su material se dispersó y una parte viene hacia nosotros. Lo bueno es que Júpiter, que es más de mil veces el tamaño nuestro, nos hará de pantalla. Todo el material peligroso lo atraparé él y nos llegaría la luminosidad de las partículas más chicas.

Gloria toma de la mano a Emma y la lleva hacia atrás, donde armó un pequeño altar con una vela que mantiene encendida hasta que todo pase.

Carlos sale y mira al Cielo con una sonrisa. Todo volverá a la normalidad sin fatalismos ni temores infundados. A pesar de la claridad, unas pequeñas luces comienzan a ser vistas.

Volar

“Te enseñaré a volar, pero no a seguir mi vuelo”.

Khalil Gibrán

Volar, soñar... Para mí eran lo mismo. Los caminos de la vida no me permitieron volar demasiado. Soñar, no lo pudieron evitar.

Vuelos cortos atados a mis sueños. Decisiones que tuve que tomar y de las que fui el único responsable. Sin la ayuda de esos seres espirituales que, según dicen, siempre te aman. Pero cuando las cosas que pedís no se cumplen es porque te están poniendo a prueba y sos el responsable.

Sueños que requerían el esfuerzo de años, que necesitaban de un fuerte diálogo interno, porque no era solo yo el beneficiario sino también mi familia.

Los sueños se fueron cumpliendo. Fui ganando confianza en mí mismo. Quizás volar demasiado te haga olvidar cómo es la realidad, esa que tenés que mirar con tus propios ojos, y no permitir que te la cuenten otros. Esa que, si la obviás, tarde o temprano, te pasa por encima.

Mariano Sperat

No existe la invisibilidad de la piel

Cuando los pensamientos se encuentran

Ir y venir de mensajes en medio del aburrimiento. Cada uno en su casa. Eran tiempos de virtualidad. ¿La excusa para hablar? Algo de una consigna que Natalia no podía resolver. ¿El desenlace? Un desvelo hasta las tres de la mañana. En ese vaivén solucionaron el peso del mundo, la razón de la existencia y su origen. Curaron La Náusea de Sartre e imaginaron la felicidad de Sísifo como lo hizo Camus. En este inusual primer contacto a la distancia fue que pudieron conocer y encamar la sensualidad del pensamiento.

Cuando las pieles se encuentran

Habrá sido por torpeza o por necesidad, Será que Emiliano no conocía otra forma de celebrar la hermosa amistad, que decidió abrazarla. Fue por torpeza o necesidad que Natalia le arrebató un beso en la burbuja. En medio de la plaza, la de la majestuosa catedral, rozaron y mordieron los labios, respiraron el cuerpo y la ropa. Ninguna palabra fue dicha. Ninguna que pudiera ser pronunciada.

Sin preguntas ni avisos, la red que fueron tejiendo los atrapó en el tiempo para luego devolverlos en el departamento. Los desnudó y acostó uno sobre el otro. Siempre conectados por labios y manos. Ojos cerrados, ¿para qué abrirlos?

Cuando se encuentran en la sustancia. (Fragmento del diario de Emiliano)

Me reconforto en el recuerdo. Enredados en sábanas apasionadas, queriendo comernos con la mirada las manos y la respiración. Únicamente dejando escapar lo que el placer susurra.

Cuando no estoy con ella me voy al sólido humo de las sensaciones. Puedo encontrar sus palmas atadas a mis mejillas, apretando para que no escape de sus labios. Su aliento agitado interrumpido a cada instante. Nos entrelazamos. Respiro hondo, la suavidad de su piel entra a mis pulmones llenándolos de aquella primera noche.

Y sin quererlo ni planearlo, estando juntos, los límites se hacen añicos de cristal. Se desvanecen y pierden sentido. Cuando las personas dejan surcos no hay nada que entender, analizar o graficar: la emoción, esa cosa inexplicable, imposible de definir racionalmente, trasciende las barreras del tiempo y el espacio.

Cuando se encuentra la incertidumbre

- ¿Qué pasa? El tiempo se estira...
- ¿Por qué? Emiliano no sabe, Natalia tampoco.
- ¿Entonces? Hay algo raro en el aire.
- ¿Qué es? Tajos miedosos que repelen labios.
- ¿Por qué esos surcos?
- ¿Será miedo a entregarse?
- ¿Miedo a ser amados?
- ¿A perder espacio?

El tiempo,
aquella sustancia que supieron doblar con el deseo,
se va sin esperarlos.
Labios azules petrificados en lo incierto de lo dilatado.

Cuando las pieles no se encuentran

Llega un mensaje al desesperado celular. Es Natalia. Hay un punto de encuentro después de tanta espera. Es en la plaza, la de la enorme catedral, la que conocen de memoria.

Sentado en aquel banco de cemento fue que su pecho se heló en la espera que hace vibrar los huesos.

En ese frío, Natalia cosió sus labios, mutiló sus manos, que ahora son huesos y uñas, sangres y músculo. Insatisfecha, quebró sus piernas y humilló su sexo. Sin vacilaciones, condenó el cuerpo a la locura y lo empapó de estacas astillantes.

Temblando en aquel banco de cemento, se pregunta cómo

pudo haber sucedido el macabro desmembramiento sin que le pusieran un dedo encima.

Cuando se ignora lo que se debe encontrar

Cierra los ojos. Emiliano intenta dormir. No consigue aplacar las furias que salen del vientre sin rasgar la piel. Busca sonidos de la naturaleza en su celular. Quizá pueda callar.

Uno. Dos. Tres. Inhala lento y profundo hasta casi reventar las costillas... y exhala.

Está sentado en el cantero, de espaldas a la devastada catedral. Natalia está adentro, camina en círculos con un libro en la mano, ¿será la Biblia? Él también lee algo, pero eso no importa. Desde el cielo caen meteoritos que explotan contra calles y edificios.

Ella sale y lo abraza por atrás. Los proyectiles celestiales no los tocan. Antes de que Emiliano pueda reaccionar, Natalia le arrebató un beso, como en la burbuja de la primera vez. El perfume se impone y hace latir a los pulmones que, ahogados, bombean aromas del corazón.

Taquicardia de rojos y sofocones. ¡Nada de esto es real! Hay una cortina traslúcida. Está perdido en el engaño. Y así, bajo lenguas de fuego y a las puertas de la destruida catedral, se besan a destiempo. El apocalipsis no los perturba. Es palpito en el cuerpo sensible a la emoción.

Refriega sus ojos empapados por las lágrimas. En la incertidumbre de la cama, agarra el cuaderno y escribe...

Marysol Lowy

La definición

Era el Día D en la oficina: por la tarde una reunión de gerentes iba a determinar los ascensos, lo cual me importaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. Encima mi confianza en tener éxito se hallaba en retroceso. Se decidiría en base a las evaluaciones de los jefes con los que se había trabajado. En mi caso eran dos: Carolina y Gustavo. Este último me hizo ir a su escritorio a media mañana.

—¿Qué hacés, Javi? Tenés cara de dormido. ¿Anduviste de joda? —preguntó.

—Me quedé hasta tarde con algo de trabajo de Caro — dije tratando de disimular mi enojo.

—Ah, pareciera que te hubieras levantado hace cinco minutos.

—Si pudiera lo haría, pero tengo media hora de subte. Además, saqué un rato a mis *perres*.

—¿“Perres”? ¿Es joda? ¿Qué pasa, te querés levantar a una boluda de pañuelo verde? En fin, te llamé para darte feedback sobre tu desempeño. Ya lo completé en el sistema, pero te quería comentar algunas cosas en persona. A ver... Tu trabajo, técnicamente, es impecable. Sabés un montón, sos responsable... Pero en otros aspectos hay puntos a mejorar. Y

voy a ir a eso, porque es imprescindible para lograr tus goals. Acabás de darme un ejemplo. Si querés defender el hablar con “e”, este no es el lugar... —Estaba a punto de preguntar si estaba frente a la policía de la palabra, pero tocaron a la puerta. La secretaria nueva.

—Perdón, Gustavo. Llamé a los abogados por el tema del informe y dijeron que aún no lo tienen.

—¿Todavía no? No puede ser. Deciles que lo manden ASAP.

—Bueno, les pido que se lo manden a Sap. ¿Quién es Sap? Me tuve que tapar la boca con las manos. Pobre chica.

— ASAP es “As soon as posible”, Claudia. Que lo manden urgente. Además, fijate que llegue el catering para la reunión de la tarde... —nueva confusión—. El pedido de la panadería.

—¡Por favor! —se quejó cuando ella se fue—. ¿Cómo pueden contratar a esta cavernícola? ¿En qué estábamos? Ah, en que todo influye en cómo te ven, en la imagen que proyectás. Hasta la vestimenta, te digo porque sos hombre, una mina se pone a llorar.

Me pregunté qué defecto imperdonable tendría mi ropa. No iba de ojotas ni jardinero, sino respetando la formalidad exigida. Tal vez debía probar con pollera escocesa.

—Tenés que fortalecer las relaciones interpersonales —continuó— en todo momento. En las calls, en los meetings, en el día a día con el team. Como cuando viajastes a Uruguay, ahí te manejastes bien —opinó. (Su performance como guardián del vocabulario sufría de exceso de s). Pero si no,

sos raro. ¿Cómo te puedo decir? Estás demasiado metido en lo tuyo. Te diría que parecés medio autista, pero ahora no se puede decir nada, porque todo el mundo se ofende. Sos tipo una planta, no interactuás. Con esto no te estoy diciendo que seas una planta de verdad ¿me seguís?

—Entiendo. ¿Algo más? La verdad que estoy tapado de laburo —dije, lo cual era cierto, pero, en primer lugar, la planta necesitaba ir afuera, a hacer la fotosíntesis.

Ni bien me liberó, salí y me quedé fumando al lado de la puerta, a punto de explotar de bronca. La evaluación de Gustavo seguro sería negativa, y Carolina aún no se había molestado en completar la suya. No lograr el ascenso no se limitaba a eso, sino que implicaba la sugerencia a dejar la empresa para dar paso a las nuevas camadas. Era patético. Traté de convencerme de que eso no podía pasarme a mí, que además de trabajar muy bien, me quedaba hasta cualquier hora en forma habitual. Tanto que arrastraba un eterno cansancio. Y me puse a reflexionar acerca de cómo la profesión había pasado a ser el centro de mi vida. ¿En qué me estaba convirtiendo?

Mientras pensaba aquello, apareció mi compañero Leo. Por increíble que parezca, yo sí hablaba con seres humanos ¡Y hasta tenía amigos! Me consultó si yo podía revisar un informe en inglés que debía entregar. Mi manejo del idioma era casi perfecto, porque me habían mandado a aprenderlo desde que tuve uso de razón. Mi madre quería asegurarse de que fuera el mejor. Niño estimulado, adulto acomplexado. Igual, ahora

que mi madre estaba muerta, hablaba más con ella que antes. Esa mañana me había retado por olvidar afeitarme cerca de la oreja.

Estuve un rato con Leo y luego volví a mis estimulantes tareas. El día anterior, Carolina me había pedido que le diera una mano con algo que necesitaba urgente y sin poder pasar horas extra, aunque me quedara hasta tardísimo. Recién a la tarde recibí un chat suyo, pidiendo que fuera a verla por el tema de mi evaluación. Confiaba en que con ella me iría mucho mejor que con Gustavo, ya que nos entendíamos bien. Cuando recién había ingresado, a los veintipocos, yo realmente la admiraba. Luego pude ver más claro, pero cada vez que me pedía favores, yo la ayudaba como si fuera un esclavo.

—Tengo un quilombo que ni te digo —se quejó, señalando sus estantes, repletos de lo que denominábamos files, y no vulgares “carpetas”. ¿Hablaste con Gus? —preguntó.

—Sí, me dijo que soy una planta, y mal vestida, además.

—¿Qué carajo? ¿Pero te dijo algo más?

—No. ¿Algo como qué?

—Es un cagón. Javi, yo no voy a hablar pelotudeces. Voy a ser directa, aunque sea duro. Este año la cosa está jodida y hay temas que ya hablamos antes de la reunión. Hubo que elegir entre vos y Leo. No hay lugar para los dos. Tu trabajo es de puta madre, te llevaría adonde sea, pero no es el momento. Sé que es una mierda, pero pensá en que acá no se raja a nadie, se te da un tiempo para que vayas consiguiendo algo.

Dejé de prestar atención, solo me puse a observar algo

que nunca había notado: ella tenía feos dientes.

—¡Uf! —dijo de pronto mirando el reloj—. Tengo que ir a la bendita reunión a bancarme a todos estos forros. Te pido si me das una mano quedándote hoy después de hora... Es lo último que te pido.

La vi alejarse mientras yo continuaba sentado en su oficina. Para mi sorpresa, no me invadía la angustia, sino una especie de euforia, de liberación infinita. Eran las cuatro de la tarde. Buen momento para ir a un bar a brindar por la recuperación de mi vida. Sin embargo faltaban ultimar detalles. Revisé la orientación de las cámaras y miré alrededor. Primero pensé en la computadora, pero todo estaba en red o con copia de seguridad (backup). Fui hacia los papeles, seguro de que algunos le importarían más que la escritura de su casa. En menos de cinco minutos, retiré de cada uno de los files el documento más importante, imaginando cómo putearía al descubrir su ausencia. Aún restaba pensar en qué hacer para que el otro también pasara un mal rato y averiguar dónde quedaba la sucursal de correo más cercana.

Salí a la calle y de pronto observé algo muy extraño en el cielo. Era mi madre, fumando un pucho recostada sobre una nube. Con el humo me enviaba un mensaje muy claro: “Siempre supe que ibas a terminar fracasando”. Me reí y continué mi camino.

Marta Inés Rugolo

¡Que Dios te bendiga!

22 de abril de 2011, Viernes Santo. Feriado.

Algunos realizan un viajecito de finde largo y otros buscan refugio fuera de la ciudad.

Cada vez son menos los que encuentran refugio en los templos, participando del Vía crucis y de algunas liturgias religiosas.

Margarita, ilusa, tenía otros planes.

Mientras conducía su auto su mirada también disfrutaba del despliegue otoñal: las veredas citadinas, alfombradas de hojas secas y crujientes de tonalidades amarillas, ocres, bordó, contrastaban con el verde de los exuberantes helechos. Y también con esos malvones eternos colgados en los balcones. Esa cobertura natural, seudo-alfombra, disimula los arreglos inconclusos de promesas electorales.

Una llamada imprevista y fastidiosa, pero milagrosa al fin, ordena imperativamente que lleve a sus hijos a jugar a la play station con sus sobrinos. Por lo tanto, se desvía de la meta original, y acepta llegar tarde y sola a destino. Es significativa la rápida respuesta que da a su hermano mayor.

Al dejarlos con el tío, ella no para de hablar de materias escolares en la que estos adolescentes tendrían que repuntar, de los campeonatos deportivos, de la ropa tirada en sus cuartos que debían ordenar al llegar a la casa. Tediosas conversaciones de madre.

Los deja y sigue el camino en su flamante Corsa cero kilómetro comprado con muchísimo esfuerzo y emprende la marcha.

Durante su trayecto emergen en el horizonte pensamientos ligados a sus metas personales; las repasa a todas y renueva su listado durante el viaje. Días atrás había conversado con algunos amigos íntimos, contándoles cómo se sentía en la vida, de sus aliviadas sensaciones de bienestar.

Llega a la Avenida Panamericana guiada por un paisaje diferente y calcula que, a pesar del desvío, llegará al festejo. Se siente serena. Cada vez menos autos. Es llamativa la soledad en la autopista.

23 de marzo, 2015, Tribunales.

Ella asiste con un letrado, el doctor Gómez Pérez. Esta fecha coincide con la asunción de Jorge Bergoglio como Papa, quien nos bendice “urbi et orbi”. Algunos festejan a este nuevo líder argentino, otros no.

Un hombre se le acerca, dándole una palmada al hombro y le dice al oído: “¡Que Dios te bendiga!”

Con actitud discreta, el abogado le dice a ella que a

este señor no lo recuerda, pero que ya estuvieron juntos, estrechamente juntos.

El 22 de abril de 2011, después de dejar a sus hijos, se le pinchó una goma justo yendo por el carril de tránsito lento, según confirman expertos periciales.

Día en el que el excitado pie derecho de este poderoso señor, Fernando Castillo Grande, presiona su acelerador, mientras su pie izquierdo ignora la actitud de freno, disociando también la visión de cercanía al Corsa con la reacción hacia sus pedales. Y con sus manos presionadas al volante de la poderosa camioneta Toyota Hilux, a 160 kilómetros por hora, según expresan las huellas en el asfalto, se monta sobre ella, convirtiendo en chatarra al pequeño auto. La mujer, milagrosamente, había quedado sola, pero diagnosticada con estado reservado hasta días más tarde, permaneciendo en una cueva sanitaria, oscura, pero promotora de vitalidad.

Ella aún continúa buscando corporeidad en la vida, aunque ya no maneje más.

Mercedes Spinetta

Identidad

Fui a esa reunión obligado. No era la primera vez que estaba molesto y no sabía por qué. Desde hacía ya varios años, Luis ejercía un poder especial sobre mi voluntad. Con él compartí casi toda mi vida. No sólo salidas, mujeres, trabajo y amigos. Era como si estuviese adosado a mí. En varias oportunidades me había propuesto no hacerle caso, no aceptar sus sugerencias o invitaciones, pero siempre terminaba accediendo a lo que él quería.

Por un momento pude separarme del grupo, y apoyado en el balcón, me detuve a mirarlo. Luis era elegante, alto, delgado y simpático. Su cabello, uñas y zapatos siempre lucían el mismo barniz brillante. Los trajes oscuros, impecables, y las camisas blancas, inmaculadas.

Recordé cuando nos conocimos en la facultad de abogacía. Luis era un líder natural, tenía esa magia interna con la que lograba encantar y casi dominar a todos. Él conocía su poder, disfrutaba manipular y ser el centro de atención, pero siempre había demostrado algo especial conmigo. Desde el primer año se acercó para que estudiásemos juntos. Se ofrecía a realizar los trabajos prácticos en el bar de enfrente de la facultad y, por más que yo formara un grupo sin él,

Luis siempre aparecía y con su encanto todos aceptaban su intervención.

Siendo estudiantes los dos, con las hormonas a flor de piel y toda la adrenalina en los poros, nos sentíamos galanes. Teníamos éxito con las chicas, y si en algo yo fallaba, Luis, con su encanto, me apuntalaba. También logró, de alguna manera que no supe ver, separarme de lo que yo creía era mi gran amor. Hoy siento que me seleccionó, se adosó a mí y quedé atrapado en una maraña de artilugios de la cual, durante quince años, no pude desprenderme.

A cada lugar que asistíamos —y a todos siempre íbamos los dos— las ideas, las ocurrencias, las genialidades eran de Luis; la sumisión, los gestos huraños, míos. Pero ahí estábamos, Luis conmigo y yo con Luis. Él dominándome, como sintiendo el placer de una venganza, y yo protegiéndolo, como si un mandato ancestral me impidiera separarme. Cuando nos recibimos consiguió que mi padre lo tomara en su bufet y ahí también seguimos juntos.

Esa noche nos retiramos de la fiesta cuando Luis quiso. Al dejarlo en su departamento me dio las indicaciones para el día siguiente. Me molestaron. No era la primera vez que lo hacía, pero ese día me enojó.

Al llegar a casa, sentado en el sillón me di cuenta de lo poco que sabía de Luis. Su familia era del interior, de Lincoln. No lo visitaban, había tenido una infancia difícil y vino a Buenos Aires a cumplir su meta. Eso era lo que decía siempre. ¿Cuál sería su meta? Había pasado tanto tiempo con él y no sabía

cuál era. Decidí que investigaría sobre su pasado.

Me sentía avergonzado por hacerlo: era como averiguar sobre mi familia. La mayor parte consciente de mi vida la había pasado a su lado. A pesar de mis sensaciones, tomé una hoja, escribí lo poco que sabía de Luis y llamé a la oficina de los detectives que trabajaban para el estudio. Uno de ellos vino a la tarde, le entregué el papel y le dije:

—Averiguá todo lo que puedas, lo antes posible.

Cuando cerró la puerta de mi despacho, un frío intenso cubrió el lugar y me estremecí.

Pasaron semanas y meses. Nadie me trajo ninguna información y tampoco insistí. Luis seguía siendo el centro del mundo. De mi mundo. Malhumorado, acataba sus decisiones y hasta permitía, sin mostrar mi desaprobación, la nueva amistad que él forjaba con mi padre. De pronto sus gustos eran idénticos, sus necesidades, las mismas. Luis lo acompañaba a todas partes, interfería en los casos importantes del estudio, decidía las estrategias, tenía registrada su firma en los bancos. Ya era socio.

Yo había quedado a un lado. Y a pesar de la independencia que ahora tenía, seguía sintiendo algo magnético e inexplicable por Luis.

En noviembre de ese año, mi padre falleció. Había salido a cenar con Luis después de una reunión de trabajo. Y a la mañana siguiente, la empleada lo encontró muerto en el living, con varios frascos de pastillas a su alrededor. Mi padre no había demostrado conductas que indicaran ese final. Aun así

nadie pensó en una autopsia. Luis dijo que no había notado nada esa noche cuando estuvieron juntos.

Un suicidio inesperado y sorpresivo. También fue inesperada y sorpresiva la lectura del testamento. En un apartado, a Luis le dejaba los departamentos de la Costa, el veinticinco por ciento del estudio y una importante cantidad de efectivo.

Al retirar las pertenencias de mi padre de la caja fuerte de su oficina, encontré el sobre con las averiguaciones que yo había pedido: “Luis Tomás Gómez. Nacido en Lincoln, Provincia de Buenos Aires, el cuatro de junio de mil novecientos sesenta. Hijo de Susana Gómez y de padre desconocido. Según los datos de vecinos y familiares su padre sería un prestigioso abogado porteño, que visitaba a la Sra. Gómez con asiduidad. Cursó sus estudios primarios en la Escuela N°3, etc., etc.”

Miriam Cáglayan

Amores de monjas

Capítulo 1

Sor Beatriz y Sor Catalina eran amigas desde los tiempos en los claustros del noviciado. Las dos entraron al monasterio a los veintiséis años y sintieron la misma decepción provocada por traiciones y mentiras.

Juntas comenzaron a recorrer el camino de la religión. La ilimitada fe les aliviaba el dolor, el hambre y el cansancio, que ofrecían a Dios como sacrificio por todos aquellos que necesitan la ayuda divina.

Cuando dejaron de ser novicias y tomaron los votos de la congregación, fueron destinadas a cumplir labores en un orfanato. La amistad creció mucho entre ellas. Se contaron sus vidas y descubrieron cierta similitud entre ambas. Pero una actitud las hace muy diferentes: la agresividad que a veces se adueña de Sor Catalina.

Acostumbran a orar juntas antes de dormir. Esa noche la tormenta avanza rápido. El viento sacude con fuerza los viejos árboles del parque. El zumbido huracanado las torna

temerosas. Ellas rezan con infinita devoción y los relámpagos iluminan el Cristo crucificado a través de los vitrales de los ventanales de la capilla.

Hace bastante frío en la pequeña habitación y para darse calor deciden acostarse juntas, mientras continúan rezando.

Ninguna de las dos sabe cuándo la amistad se transforma en ese deseo carnal que las corroe.

Comienzan con miradas, continúan con caricias bajo los camisones largos de lanilla y besos interminables. Sus dedos hurtan las cuevas mojadas.

Suaves quejidos se suceden cuando se tocan y, susurrando el Padrenuestro, llegan al orgasmo. Al finalizar cada encuentro, lavan sus bocas y las manos con agua bendita.

La Madre Superiora descubre a las amantes. Las dos religiosas son excomulgadas. Las demás monjas susurran horrorizadas en los oscuros pasillos sobre lo que ellas denominan sacrilegio.

Beatriz regresa a la vivienda de sus padres, que sigue desocupada. Catalina se ubica en la casa de su amiga Virginia, amor de la adolescencia que llega a su fin por el mal carácter, la prepotencia y por las dos veces que Cata la golpea durante una discusión.

Un sentimiento que parece extinto vuelve a renacer tras el reencuentro y comienza el infame juego a dos puntas de Catalina.

Capítulo 2

Como las cuentas de un rosario, las luces bordean la orilla norte del gran lago. Los rayos de la luna llena abrazan el agua gélida. Envuelta en el cobertor, Beatriz mira por la ventana desde la costa opuesta. Las ganas del abrazo tibio de Catalina se acrecientan, y el recuerdo del último encuentro prohibido le taladra la mente. En su piel todavía permanece aferrado el olor de Cata y el deseo se adueña de Beatriz. No deja de preguntarse, mientras observa con detenimiento la costanera de enfrente:

—¿En cuál de todos esos destellos está tu nido? ¿Por qué seguís eligiendo a Virginia, si insistís en que tu amor me pertenece desde el convento?

El viento helado rasguña los vidrios del ventanal. Beatriz piensa en Cata y su excitación crece. Recorre su cuerpo con las manos, que se deslizan hacia la entrepierna para tocarse como sólo Catalina sabe hacerlo, para llevarla hacia las ansias ilimitadas de su ser. Pero la ausencia de ella la llena de angustia. Cientos de preguntas se enredan en su cerebro. Siempre le pide lo mismo: ir a vivir juntas. Cuando dice esas palabras, la ira de Cata se acrecienta de manera incontrolable. A veces la insulta o amaga golpearla, argumentando a los gritos que todavía no es el momento adecuado.

La necesidad de su contacto provoca que Beatriz se

autosatisfaga para saciar el hambre de la presencia de Catalina. Un gemido nace desde su profundidad, desde la tristeza, por la soledad que la acongoja a diario. Y se pregunta mil veces:

—¿Cómo es esa mujer que te roba de mi lado y me priva de ser feliz?

Beatriz anhela regresar a la vida en el orfanato, donde la paz corona los días entre el amor y las oraciones al Altísimo. Pero mientras exista Virginia compartiendo la cama y la mesa con Cata, su calvario no tiene fin.

Beatriz golpea con furia uno de los cristales de la gran abertura y grita el nombre de su amor en la lejanía del extremo sur del lago. Las astillas vidriadas se incrustan en su muñeca. La sangre caliente sale a borbotones. Lágrimas de odio surgen de sus ojos y el rencor por la vida que comparten Virginia y Catalina la va adormeciendo, para no volver a despertar nunca más.

Capítulo 3

La muerte de Beatriz transforma a Catalina. Se vuelve más irascible y casi siempre sus ademanes son coléricos. Muchas veces, Virginia se dice a sí misma:

—Tenés que huir de su lado o te matará a golpes algún día.

Transcurren tres años desde el suicidio de Beatriz. Todo este tiempo es de constantes cambios consensuados entre los dos. Catalina opta por la identidad de género y cambia su

nombre. Elige llamarse Álvaro y está muy feliz con su nuevo documento.

También pide turno para la terapia hormonal en la transición femenino a masculino y se realiza una mastectomía. Está contento sin sus senos. La testosterona le provee barba, profundiza la voz, le suprime la menstruación y su clítoris crece. Virginia ama a Álvaro, pero nada logra aplacar el mal carácter de él. Muchas veces se ofusca y la agrede hasta tal punto que llega a golpearla.

Las golpizas se suceden con mayor frecuencia. Todas sus actitudes y las palabras que con temor pronuncia Virginia, lo enojan. Primero comienza el ataque verbal y luego vienen los golpes. Cuando él sacia su furia, llora, pide perdón con desesperación y promete no repetir el episodio. Ella vuelve a creer en él.

Ese anochecer del 19 de agosto del 2016, Virginia lo espera con la cena lista para servir. Él llega contento, la besa con pasión. Se lava las manos y se sienta.

Álvaro golpea con la palma de su mano sobre la pierna y con una inclinación de cabeza y una sonrisa seductora, invita a Virginia a sentarse sobre él. Ella acude feliz sabiendo lo que les espera. Su vestido ancho le permite sentarse enfrentando sus rostros. Los besos apasionados y las caricias la hacen gemir. Él conoce cada uno de sus puntos erógenos y sabe muy bien cómo provocar en ella su deseo de juegos eróticos cargados de goce. Los dedos de Álvaro recorren la vagina mojada de Virginia y estimula con fricción su clítoris. Saca de la caja el

vibrador que trajo cuando llegó y fue al baño. Sin escatimar besos, comienza a penetrarla. Virginia disfruta de tanta pasión y placer, se mueve y gime cada vez más fuerte, hasta que con un grito que muere ahogado en su garganta llega al ansiado éxtasis del clímax. Quedan abrazados por unos minutos.

Cuando ve la fuente que su mujer coloca en el centro de la mesa con espaguetis y salsa boloñesa, su rostro se transforma y en segundos pasa del amor a la ira.

—¿Qué pasa, Virginia? ¿No te acordás que detesto la carne picada?

—Nunca me lo dijiste —le contesta ella.

—¿Me estás tratando de mentiroso? Con seguridad no recordás mis gustos porque te estás fijando en otro. ¿Pensás abandonarme?

Álvaro se abalanza sobre ella, de un puñetazo le afloja dos dientes y le rasga el labio inferior. Sus manos aferradas al cuello de Virginia intentan dejarla sin respiración. La visión se le nubla. Ella se siente en el final de la vida. En un último esfuerzo, Virginia recorre la mesa con la mano hasta encontrar un cuchillo. Con la poca fuerza que le queda le clava a Álvaro el utensilio varias veces en un costado y en el frente de su cuerpo. Él cae al piso bañado en sangre. Por uno de los orificios, el rojo y pesado líquido sale como si fuera una vertiente. En uno de los puntazos ella cortó una arteria y Álvaro se está desangrando. Virginia disfruta de ver como él se muere retorciéndose de dolor.

Viven a cinco kilómetros del puente de la Integración, que

une a la localidad brasileña Sao Borja con Santo Tomé en la provincia de Corrientes. Ella lava el cuchillo y lo guarda en la cartera mientras piensa en enterrarlo en algún lugar del trayecto hacia el límite geográfico. Se sienta en el sofá y ordena la documentación para presentar en la aduana.

Mañana es el primer día de vacaciones en el trabajo de Álvaro. Él no tiene amigos. La casa está en las afueras de la ciudad. Van a tardar más de quince días en descubrir su deceso. Virginia logra reunir bastante dinero porque él cobró hoy su abultado sueldo y, sumado a los ahorros que tiene escondidos, puede huir lejos.

Carga las maletas en el baúl, sube al auto y al mirar por uno de los espejos laterales puede ver el sol del amanecer que la libera de la tremenda pesadilla.

Patricia Rodríguez

Desamparo

Noviembre de 2002

Te conocí en una marcha. Nos presentó Matilde:

—Ernesto, ella es Ana María, amiga de toda la vida. (Había un “cuidala que yo la quiero” escondido en esa frase).

Me atraieron tu rubia piel, tus ojos verdes, tus piernas fuertes. Unos cuantos vinos y charlas intensas me enamoraron. Los cuerpos festejaron entrelazados muchas siestas y amaneceres. Sos alto, tus abrazos me dejaban acurrucarme y descansar.

Hacíamos planes. Vos avanzabas. Yo te dejaba. Sin que lo advirtiera a tiempo, te adueñaste de mi casa.

Una tarde vi mi cartera revuelta. Dejaste señales claras de que estabas vigilándome.

El primer reproche fue ridículo: “Vos no estarás cogiendo con el puto ese de tu jefe, ¿no?”. Horacio era el coordinador del área de capacitación de la empresa en la que yo trabajaba con él, hacía diez años. Y sí, era gay. Nos reímos.

Un domingo a la mañana tus preguntas se hicieron incisivas, tu voz se agravaba, tu cara se endurecía. Me acorralaste contra la pared. Te empujé con todas mis fuerzas. Tu puño cayó en el medio de mi espalda. Un ardor candente atravesó mi esternón.

La huella es indeleble. Centímetro a centímetro mi cuerpo se deshacía. Me derrumbé en el piso. Te lavaste las manos... Me tiraste la exageración como excusa.

Me aturdiste con tu grito ensordecedor que me inculpaba.

Abril de 2003

Es el atardecer del viernes. Salgo para dar clases en la facultad. Se esfuma la luz del día. La cuadra que camino para tomar el 25 me parece interminable. En Puan esquivo carteles, las mesas de las agrupaciones estudiantiles, mantas en el piso con libros, tejidos de macramé, pulóveres andinos y sahumeros. Se acercan las elecciones estudiantiles y hay mucho movimiento. Me cruzo con el chico que vende los panes caseros. El aroma de su canasta me reconforta. La semana que tuve me achica el alma.

Llego al aula. Es un turno pesado para los profesores y para los alumnos.

Aún siento la mano de Ernesto aprisionar mi garganta. El pulgar aprieta la yugular desde un lado, y desde el otro los dedos restantes intentan traspasar mi cuello. El aire no pasa; sin embargo estoy hablando. Saludo, abro mi carpeta y les indico la consigna de trabajo del día.

Mi voz es un eco abandonado. Delante de mí están escuchándome. Algunos asienten con un movimiento de sus cabezas como los perritos que van en los autos sobre el tablero. Otros miran con cara de vaca pastando.

¿Y si de golpe me caigo? ¿Serán testigos impávidos de mi colapso?

Ahora siento que la mano invisible presiona mi pecho. No afloja.

Camila me ofrece un caramelo:

—Son de miel.

—Gracias.

Sus ojos me preguntan. Yo no contesto. Sostengo el caramelo con mi lengua contra el paladar. Me aferro al dulzor.

Suena el timbre, rareza de Filosofía y Letras. Es el aviso para que terminemos las clases del último turno porque ya se cierra el edificio. Salgo, camino hasta Rivadavia, subo al colectivo, me siento, me largo a llorar. Una pasajera me mira asombrada. Nadie me pregunta nada.

Ernesto

El lugar es pequeño, oscuro y mugriento. Las ratas bailan con las arañas entre hilachas de orina y montículos de heces. El aire es espeso y entra por mi nariz como si fuera sólido. Un haz de luz llega hasta mí desde una claraboya enmohecida. Flotan pequeñas pelotitas de polvo como diminutas perlas perdidas. Me concentro en mirarlas. Viajo con ellas hasta más allá de estas paredes.

Estoy en un sótano, amordazada y atada a una columna. Oigo, veo y huelo. Las náuseas me apretujan el estómago.

Levanto las rodillas para apoyar mi panza en ellas y aliviar el malestar. Varios días han pasado. Es una nebulosa el recuerdo de mi otra vida. Debe ser mediodía. Se acerca la hora en que viene.

Escucho el rechinar de la puerta. Los pesados pasos descienden hasta donde estoy.

Llega con su joroba desvencijada, su renguera y su babeo. Se me eriza la piel. Me estremezco.

Ernesto me acaricia la cabeza. En un movimiento preciso y rápido hunde sus colmillos en mi cuello.

Cuando despierto del desmayo, me da de comer.

El rito termina, me amordaza y se va.

La angustia y la soledad perfuman mi rincón.

Ana María

Anoche te fuiste. De mi casa, de mi vida. En silencio recogiste tu ropa, amontonaste libros y CDs en una valija. Me mirabas de reojo. Casi en la puerta dejaste tus últimos gritos, tus huecos reproches. Por quincuagésima vez te arrepentiste de haberme conocido.

Hoy amanecí rota. El vendaval dejó destrucción. Con parsimonia acomodé el escritorio, ubiqué mis cosas en nuevos lugares donde les diera la luz.

A la tarde noté un agradable cosquilleo en mi espalda. Me recosté en el piso. Disfruté del frío del mosaico. Mi espalda

se entregaba como si estuviera en la arena. Me desparramé, consciente de mi nueva calma.

Es sábado. No tengo ningún plan. Gozo del silencio. La quietud de la noche me acuna. Duermo, duermo, duermo.

Es madrugada. Me despierta la risa de un grupo de pibes que pasan debajo del balcón de mi habitación.

Me incorporo y noto que mis brazos son muy livianos. En un impulso subo a la terraza y respiro la luna. De a poco mis pies se despegan del suelo. Un instante de asombro me suspende en el aire. Tomo fuerzas, elevo los brazos... y vuelo...

Suyai Erina Weibel

Permaneciendo

1. Temporada de colores cálidos que se pierden y atraen. Tiempo de reflexión, preparación, crecimiento, de protegerse para después florecer.

Las hojas caen, pero el tronco permanece fuerte. Se caen las inseguridades, los pensamientos que desean cambiar; quedamos desnudos y el viento llega, revuelve todo y lo lleva.

Y acá estoy yo viendo esas hojas caer. Viendo esos troncos desnudos mantenerse fuertes y un rayo de sol al final del paisaje. Armando la postal perfecta y mostrando ese futuro de oportunidades que llegará.

¿Llegaré a ser como el tronco? ¿Me limpiaré en esta temporada? ¿Me haré fuerte y capaz de soportar los vientos y las tormentas?

Hoy sí, porque ese pequeño rayito de sol me hace sentir ese calor de oportunidades nuevas que me preparan para florecer.

2. Llega el frío. Los días se vuelven más cortos, más grises. Ese temblor en el cuerpo que te acompaña cada vez que salís de la cama.

Temporada de hibernar, de mirar para adentro, de cono-

cernos y reconocernos, encontrar nuestras virtudes y seguir destacando nuestros defectos.

Pensamientos que dan vueltas una y otra vez por la cabeza y te llevan a apagarte como los días grises, pero abro la ventana y lo veo. El árbol está ahí, con su vestimenta marrón, desnudo. Solamente con su tronco ¿será abrigo suficiente? No lo sé, pero él permanece. Sigue ahí sosteniéndose desde sus raíces a pesar de los vientos fuertes; sigue brillando a pesar de los tonos grises.

Y ahí veo nuevamente ese pequeño rayito de sol que me muestra esas oportunidades que vendrán.

Quizás en la próxima estación.

3. Colores vivos. Todo se resume al sol, las flores, la gente en la plaza, los días cálidos. Ese calor del verano que se acerca pero no ahoga, temporada de florecer.

Ya me despojé de todo aquello que sentía pesado, ya tuve tiempo de mirarme y conocerme; hoy es tiempo de florecer.

Es tiempo de mostrarme que puedo ser un proceso lleno de esperanza, que puedo caerme y volverme a levantar, que puedo desnudarme de mis inseguridades para vestirme con todas mis virtudes y mis deseos.

Y nuevamente está él, volviendo a exhibir sus hojas verdes, brillando con sus colores y su presencia.

4. Ahogo. El sol se siente tan cerca que hasta quema; los días se vuelven más largos, preparados para disfrutar, las noches

más cortas. Temporada de encuentros, amigos, disfrute.

El sol quema, pero tenemos un refugio, otra vez él. Él, que nos da la sombra, nos da ese respiro; él que pasó por todas las estaciones y se mantuvo ahí; él que tuvo tantos procesos; él que logró crecer para llegar a ser el descanso de otros.

El árbol me enseña y yo lo admiro atentamente para aprender. Aprendo que hay que mantenerse fuerte a pesar de los tiempos, que hay que agarrarse fuerte de nuestras raíces, aquellas que me hacen ser quien soy; hay que aprender a soltar para poder crecer.

Por eso hoy decido ser yo, con mis virtudes y mis defectos, con mis hojas preciosas en primavera y mis inseguridades desnudas en invierno; porque yo aprendí de esa postal que me acompaña cuando abro la ventana; porque yo también aprendí que soy fuerte y que a pesar de todo sigo acá, permaneciendo fuerte como el tronco que me demuestra que las estaciones son solamente transitorias.

Índice

Prólogo. ¿Por qué relatos urgentes?	5
--	---

ABC de la escritura creativa

Alas. La extraña historia de Nola

Adriana Elizabeth Vignolo	11
---------------------------------	----

Singular

Andrea Lafitte.....	17
---------------------	----

Cromo-vanadio

Daniel Zuvanic	21
----------------------	----

Los ojos del geko / El boliche de Aldo

Emiliano Campos Medina.....	24
-----------------------------	----

Cuaderno azul a lunares

Emiliano Ariel Mazzeo.....	27
----------------------------	----

Junio bajo fuego

Fernando Serra	32
----------------------	----

Espantajos

Jorge Luis González	36
---------------------------	----

El ringtone de Felisa	
M. E. Guadalupe Corea	40
La casa	
Natacha Etkin	44
Paula es fea / Facundo	
Paula Vanesa Ganiko	46
El gran capitán	
Sergio Daniel Albornoz	49
Partiendo	
Silvina Vanesa Dagliano	55

Terapia de escritura

El susurro / Elsa	
Alejandro Moguilner	62
Stricto sensu / Fovame	
Andrea Fruttero	72
Besos de otoño / Cuento hasta cien/Dos minutos más / Monstruos	
Camila Alonso Avellaneda	76
Mi vida en haikus / Haikus de otoño / Transfusión	
Ernesto Szeftel.....	80

Caprichosa / Himno en otoño / Perceptibles	
Fabián Llanos	92
Guapo / Minutos contados	
Hugo D. Goldin.....	96
Ya nada será igual	
Julieta Penedo	101
¿Señales? / Volar	
Luis A. Pezzi	105
No existe la invisibilidad de la piel	
Mariano Sperat	109
La definición	
Marysol Lowy	113
¡Que Dios te bendiga!	
Marta Inés Rugolo	118
Identidad	
Mercedes Spinetta	121
Amores de monjas	
Miriam Caglayan	125
Desamparo	
Patricia Rodríguez	132
Permaneciendo	
Suyai Erina Weibel	137